

Cuentos de Maravilla



Selección:
Evangelina Gamboa

EDEL

Cuentos de Maravilla

Selección

Evangelina Gamboa

Ilustraciones

Francisco Amigbetti

SAN JOSE DE COSTA RICA

IMPRESA Y LIBRERIA ATENEA

1964

Dedicatoria

*Para los niños que ya saben
leer, este primer libro de cuentos
famosos.*

Evangelina Gamboa

ÍNDICE

LA HORMIGUITA

Fernán Caballero

EL PICARO PAJARILLO

Fernán Caballero

LOS CHIVOS PORFIADOS

Popular

CAPERUCITA ROJA

Perrault

EL CARLANCO

Fernán Caballero

LOS TRES OSOS

Popular

TIO CONEJO Y LOS PAVOS DE TIO OSO

De la tradición de Estados Unidos

EL GATO Y EL LORO

Popular

EL GALLITO DE LA CRESTA DE ORO

Afanasiev

SOMBA BURLA AL REY

Cuento africano

TIO CONEJO Y TIO TIGRE

Popular

¡QUE GUAPA ES LA HELADA!

R. Saavedra Gómez

LOS TRES CHANCHITOS

De la tradición de Estados Unidos

TIO CONEJO Y TIA BOA

María de Noguera

EL GATO, EL GALLO Y LA ZORRA

Afanasiev

TIO CONEJO ENGAÑA AL REY

De la tradición de Estados Unidos

LA PALOMITA BLANCA

Popular

TIO CONEJO RIE Y RIE

De la tradición de Estados Unidos

LA VAQUITA PARDA

Afanasiev

SAPOS Y DIAMANTES

Perrault

EL CAMPESINO, EL OSO Y LA ZORRA

Afanasiev

EL MEDIO POLLO

Cuento popular de Sur América

TIA ZORRA SIRVE DE CABALLO A TIO CONEJO

De la tradición de Estados Unidos

GALLINA FINA

De la tradición inglesa

EL GATO CON BOTAS

Perrault

LA CENICIENTA

Perrault



La Hormiguita

Había una vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada-, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito.

Dijo para sí: —¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina. Pensolo más y se fue a una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso colorete, y se sentó en la ventana.

Ya se vé; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro, y le dijo:

—Hormiguita, ¿te quieres casar conmigo?

—¿Y cómo me enamorarás?, respondió la hormiguita.

El toro se puso a rugir; la hormiguita se tapó los oídos con ambas patas.

—Sigue tu camino, le dijo al toro, que me asustas, me asombras, y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiguita; hasta que pasó un ratonperez que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiguita le dio su manita negra.

Vivía como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita, sola a misa, después de poner la olla que dejó al cuidado de ratonperez. advirtiéndole como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratonperez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fue, que sucedió lo que ella había previsto. Ratonperez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fue a casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta. Fuese la hormiguita en derechura a la cocina; miró la olla, y allí estaba ¡qué dolor! el ratonperez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro, y le dijo:

—¿Por qué lloras? Ella respondió:

—Porque ratonperez se cayó en la olla. —Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y dijo:

—¿Por qué, pajarito cortaste el piquito?

—Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, la paloma, me corlo la cola.

Dijo el palomar:

—¿Por qué tú, paloma, cortase la cola?

—Porque ratonperez se cayó ea la olla, y la hormiguita lo siente y lo llora y que el pajarito cortó su piquito, y yo la paloma, me corto la cola.

—Pues yo, palomar, voime a derribar.

Dijo la fuente clara:

—¿Por qué, palomar, te vas a derribar?

—Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito; y que la paloma se corta la cola; y yo palomar, voime a derribar.

—Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar.

Vino la Infanta a llenar la cántara. —¿Por qué, fuente clara te has puesto a llorar?

—Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola; y que el palomar fuese a derribar, y yo, fuente clara, me pongo a llorar.

—Pues yo, que soy Infanta, romperé mí cántara.

Y yo que lo cuento acabo en lamento, porque el ratonperez se cayó en la olla, ¡y la hormiguita lo siente y lo llora!



El Picaro Pajarillo

Había vez y vez un pajarito, que se fue a un sastre, y le mandó que le friese un vestidito de lana. El sastre le tomó medida, y le dijo que a los tres días lo tendría acabado. fue en seguida a un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y por último, fue a un zapatero, y el zapatero le tomó medida, y le dijo como los otros, que volviese por ellos al tercer día. Cuando llegó el plazo señalado, se fue al sastre que tenía el vestido de lana acabado, y le dijo:

—Póngamelo sobre el piquito y le pagaré.

Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó a volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.

Vistióse el pajarito con su ropa nueva, y se fue al jardín del Rey, se posó sobre un árbol que había delante del balcón del comedor, y se puso a cantar mientras el Rey comía:

*Más bonito estoy yo con mi vestidito de lana, que no el Rey con su manto de grana.
Más bonito estoy yo con mi vestidito de lana, que no el Rey con su manto de grana.*

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se lo trajesen frito. Así sucedió. Después de desplumado y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterizo.

Cuando se vio el pajarito en el estómago del Rey, que parecía una cueva más oscura que media noche, empezó sin parar a dar sendos picotazos a derecha e izquierda.

El Rey se puso a quejarse, y a decir que le había sentado mal la comida, que le dolía

el estómago.

Vinieron los médicos, y le dieron a su Real Majestad un menjunge de la botica para que vomitase; y conforme empezó a vomitar, lo primero que salió fue el pajarito, que se voló más súbito que una exhalación. Fue y se zambulló en la fuente, y en seguida se fue a una carpintería, y se untó todo el cuerpo con cola; fuese después a todos los pájaros, y les contó lo que le había pasado, y les pidió a cada uno una plumita, y la iban dando; y como estaba untado de cola, se le iban pegando: como cada pluma era de color, se quedó el pajarito más bonito que antes, con tantos colores como un ramillete. Entonces se puso a dar volteos por el árbol que estaba delante del balcón del Rey, cantando:

*¿A quién pasó lo que a mí?
En el Rey me entré, del Rey me salí.*

El Rey dijo:

—¡Que cojan a ese pícaro pajarito!

Pero él, que estaba sobreaviso, echó a volar que bebía los vientos, y no paró hasta posarse en las narices de la luna.



Los Chivos Porfiados

Hubo una vez, en tiempo muy remoto, un niño que cuidaba unos chivitos.

Por la mañana los sacaba del establo donde dormían y los llevaba al cerro.

Allí se quedaban paciando todo el día, y allegar la noche volvían al establo.

Una tarde, ya acercándose la noche, les dio por no moverse de donde estaban. El pobre muchacho trató de mil modos e hizo lo posible para que se volviesen, pero en ninguna forma lo logró.

Por fin, el muchacho se sentó en una roca y se puso a llorar, pues temía que su padre le castigase por no volver con el rebaño a tiempo.

Luego pasó por ahí un conejito y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

El muchacho le contestó:

—Lloro porque los chivitos no quieren volver a casa, y mi padre me castigará por llegar tarde.

—Pues yo los haré marchar, no temas, —dijo el conejito.

Pero los chivitos tampoco le hicieron caso.

Entonces dijo el conejito: —Yo también me pongo a llorar.— Y se sentó al lado del

niño, y llora que te llora.

Luego vino la zorra y dijo: —¿Por qué lloras, conejito? —Lloro, porque el niño llora, y el niño llora porque no quieren marcharse los chivitos.

—Pues yo los haré marchar.

Y la zorra hizo cuanto pudo para que se marchasen, pero los chivitos seguían paciendoy no se movían de su sitio.

Entonces dijo la zorra: —yo también me pongo a llorar- Y se sentó al lado del conejito, llorando amargamente.

Después de un rato vino el lobo, y mirando a los tres, preguntó a la zorra:

—¿Por qué lloras?

Y la zorra le contestó: —Lloro, porque llora el conejito; y el conejito llora porque llora el niño; y el niño llora porque los chivitos no quieren volver a casa.

—Pues yo los haré marchar al momento —dijo el lobo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, los chivitos no le hicieron el menor caso. .

Entonces, —dijo el lobo— yo también me pongo a llorar. Y se sentó al lado de la zorra y empezó a llorar.

Y como cada uno de los cuatro lloraba a su manera, el ruido que hacían era espantoso.

Y los chivitos mientras tanto, seguían pace que te pace.

Luego pasó por ahí una abeja, y al oír tamaño escándalo, se tapó los oídos con ambas patitas.

—¿Puede saberse por qué lloras, lobo? —le preguntó la abeja.

—Lloro, porque llora la zorra; y la zorra llora porque llora el conejito; y el conejito llora porque llora el muchacho; y el muchacho llora porque esos chivitos no quieren volver a casa.

—¡Tanto ruido por tan poca cosa!— dijo la abeja. —Ya verán esos porfiados cómo yo los hago marchar a escape.

Entonces todos... el niño y el conejito, la zorra y el lobo dejaron de llorar y soltaron a reír a carcajadas, oyendo lo que decía la abeja, pues, ¿cómo podía ella, siendo tan

pequeña, lograr lo que ellos mismos no habían logrado?

La abeja voló hasta donde estaban los chivitos, y se puso a zumbar: ¡z..z..z..z..z.,!

Y a los chivitos les molestó tanto aquel zumbido, que dejaron de pacer, pero todavía no se marcharon.

La abeja se paró entonces en la oreja del chivo más grande y ¡z..z.. zum! le picó tan fuerte, que éste corrió a todo escape, y los demás chivos detrás de él, y no pararon hasta llegar al establo. Tanto corrieron, que el muchacho con trabajos los pudo alcanzar.

Y el conejito, y la zorra y el lobo, se quedaron allí, en el cerro, mirándose uno al aro, con la boca abierta, completamente sorprendidos.



Caperucita Roja

Una vez vivía en una aldea una niña campesina, lo más linda que se había visto. Si su madre la quería con exceso, su abuela la idolatraba. La buena de la abuela le había hecho una caperuza encarnada, y le caía tan bien y le daba tanta gracia, que la gente dio en llamar a la niña Caperucita Roja.

Un día que su madre hizo unas tortas, le dijo:

—Anda, hija mía, a ver qué hace tu abuela, porque me han dicho que no está muy bien. Llévale una torta y un tarro de manteca.

Caperucita Roja se encaminó inmediatamente a casa de su abuela, que vivía en otra aldea, y al pasar por el bosque se encontró con el viejo Lobo que tenía muchas ganas de comérsela, aunque no se atrevía a causa de unos leñadores que se hallaban en el bosque. Le preguntó dónde iba. Y la pobre niña que ignoraba lo peligroso que es detenerse a hablar con un lobo, le contestó:

—Voy a ver a mi abuelita y a llevarle una torta y un tarrito de manteca de parte de mamá.

—¿Vive muy lejos?—preguntó el Lobo.

—¡Oh! ¡Ya lo creo!—contestó Caperucita Roja.—Detrás de aquel molino que se ve desde aquí, en la primera casa del pueblo.

—Bueno—dijo el Lobo, yo también iré a verla. Yo iré por este camino y tu por aquel, y a ver quién llega antes.

El Lobo echó a correr con todas sus fuerzas, tomando por el atajo, y la niña siguió el camino que llevaba, y se entretuvo en recoger nueces, perseguir mariposas y hacer ramilletes con las flores que encontraba.

El Lobo no tardó en llegar a casa de la anciana, y llamó a la puerta: pam, pam.

—¿Quién es?

—Tu nieta, Caperucita—contestó el Lobo falsificando la voz,—que te trae una torta y un tarrito de manteca de parte de mamá. La abuela que se había acostado porque estaba un poco indispuesta, gritó:

—Levanta la manita y haz caer la aldabita.

El Lobo hizo caer la aldaba, abrió la puerta, se lanzó sobre la buena mujer y se la comió en un momento, pues hacía tres días que no había probado un bocado. Luego corrió la puerta y se metió en la cama de la abuela, esperando a Caperucita Roja, que llegó poco después y llamó a la puerta: pam pam.

—¿Quién es?

Caperucita Roja, al oír la recia voz del Lobo, se asustó un poco; pero, pensando que su abuelita estaría resfriada y un poco ronca, contestó:

—Tu nieta, Caperucita Roja, que te trae una torta y un tarrito de manteca de parte de mamá.

El Lobo le gritó suavizando la voz cuanto pudo:

—Levanta la manita y haz caer la aldabita.

Caperucita Roja hizo caer la aldaba y abrió la puerta. El Lobo, al ver que entraba, se escondió bajo las ropas de la cama y dijo:

—Pon la torta y el tarrito de manteca en la panera y acuéstate conmigo.

Caperucita Roja se desnudó y se metió en la cama, donde, muy sorprendida al notar lo grande que era su abuela en camisa de dormir, le dijo:

—¡Qué brazos tan grandes tienes, abuelita!

—Son para abrazarte mejor, hija mía.

—¡Qué piernas tan grandes tienes, abuelita!

—Son para correr mejor, hija mía.

—¡Qué orejas tan grandes tienes, abuelita!

—Son para oír mejor, hija mía.

—¡Qué ojos tan grandes tienes, abuelita!

—Son para ver mejor, hija mía.

—¡Qué boca tan grande tienes, abuelita!

—Es para devorarte.

Y esto diciendo, el malvado Lobo se arrojó sobre la pobre Caperucita Roja y la comió toda entera.



El Carlanco

Era vez y vez una cabra, una mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iba por los montes, vio a una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó.

—¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la avispa a la cabra. Si alguna vez me necesitas, ve a aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen grado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual, echó a volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:

—Voy al monte por una carguita de leña; vosotras encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir a nadie; porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abridéis cuando yo os diga:

*¡Abrid, hijitas, abrid!
que vuestra madre está aquí.*

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como lo había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman a la puerta,, y que oyen una voz como la de un becerro,

que dice:

*¡Abrid, que soy el Carlanco!
Que montes y peñas arranco.*

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

¡Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fue hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fue y se escondió, y oyó lo que la madre le dijo a las chivitas, que fue lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puso a decir:

*¡Abrid, hijitas, abrid!
que vuestra madre está aquí.*

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta; y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Este; enrabiado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

*¡Abrid, hijitas, abrid!
que vuestra madre está aquí.*

Ellas desde el sobrado le gritaron que no podían, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso más pronto que la luz en el convento de las avispa, y llamó.

—¿Quién es? preguntó la tornera. —Madre, soy una cabrita para servir a usted.

—¿Una cabrita aquí, en este convento de avispa descalzas y recoletas? ¡Vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.

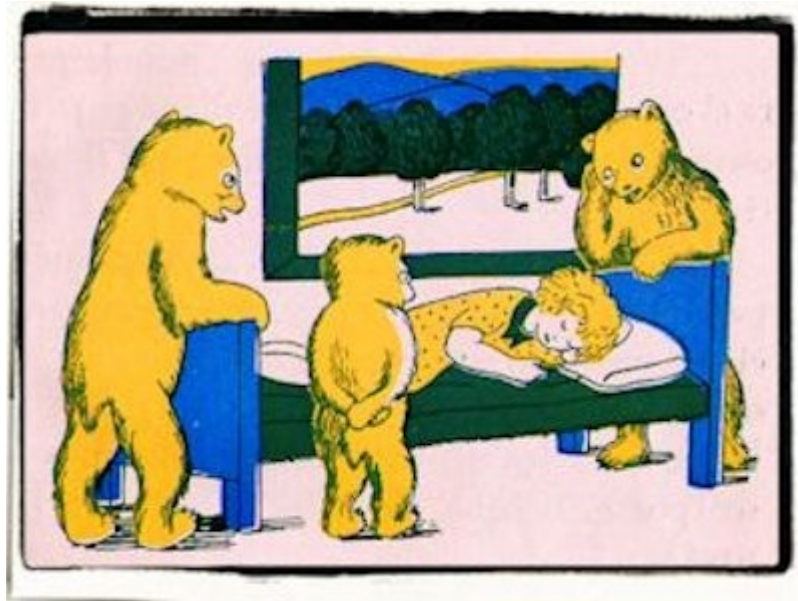
—Llame usted a la madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; si no voy por el abejaruco, que le vi al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que le pasaba.

—Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón, le dijo: vamos a tu casa.

Cuando llegaron se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso a picar al Carlanco: ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó a correr que echaba incendios; y yo

*pasé por la cabreriza,
y allí me dieron dos quesos:
uno para mí, y. el otro
para el que escuchara aquesto.*



Los Tres Osos

Había una vez tres osos que vivían en una linda casita en medio del bosque.

Uno era oso grande, otro oso mediano y el otro oso chiquito.

Tenían tres tazas: una taza grande para el oso grande, una taza mediana para el oso mediano y una taza chiquita para el oso chiquito.

Tenían tres sillas: una silla grande para el oso grande, una silla mediana para el oso mediano y una silla chiquita para el oso chiquito.

Y tenían tres camas: una cama grande para el oso grande, una cama mediana para el oso mediano y una cama chiquita para el oso chiquito.

Un día, los tres osos fueron a dar un paseo por el bosque, mientras se enfriaba la sopa.

Cuando estaban en el bosque, llegó a la casa Colochitos de Oro.

Abrió la puerta y entro.

—¡Qué casa más linda! ¡Está la mesa servida!

Probó de la sopa de la taza grande. —¡Oh! ¡Qué sopa más:aliente! Probó de la mediana y la encontró fría. Y probó de la taza chiquita que no estaba ni fría ni caliente, y como la encontró sabrosa se la tomó toda.

Se sentó en la silla grande:

—¡Oh! ¡Qué silla más grande!

Se sentó en la mediana:

—¡Oh! ¡Qué silla más dura!

Se sentó en la silla chiquita.

—¡Esta sí está bien, a mi medida!

Se acomodó tanto, tanto que ¡pum! la silla se rompió y Colochitos de Oro vino a dar al suelo.

Subió la escalera y entró al dormitorio, y ahí habían tres lindas camas tendidas con colchas limpias.

Colochitos de Oro estaba tan cansada. Se acostó en la cama grande.

—¡Qué cama tan grande!

Se acostó en la mediana.

—¡Qué cama más dura!

Se acostó en la chiquita.

—¡Esta sí que me gusta, es suave y me queda a la medida!

Se cobijó bien y se durmió en seguida.

Llegaron los osos ¡a la casa. El oso grande dijo:

—¿Quién probó mi sopa?

Y el mediano, —¿Quién probó de la mía?

Y el chiquito, —¿Quién se tomó mi sopa? —¡Oh! ¿Qué es esto? Alguien se sentó en mi silla, —dijo el oso grande.

Y el oso mediano, —¿Quién se sentó en la mía?

Y el oso chiquito, —¡Mi silla está rota! ¿Quién rompió mi silla?

Y dijo el oso grande: —vamos a buscar al ladrón. De puntillas subieron la escalera y

llegaron al dormitorio.

¿Quién se acostó en mi cama? dijo el oso grande.

—Y en la mía, ¿quién se acostó? dijo el oso mediano.

Y el oso chiquito,—¡Oh!.. En.. En mi cama está una niña.

—Una niña con rizos de oro y la cara muy blanca, —dijo el oso mediano.

—Una linda niña que ha hecho muchos daños en nuestra casa, —dijo el oso grande.

Colochitos de Oro soñó que oía una voz dulce como la de un niño cuando habló el osito, una voz ronca y lejana cuando habló el oso mediano y una voz de trueno cuando habló el oso grande.

Se despertó y, al encontrarse con tres osos que la miraban asombrados se asustó tanto, que saltó a la ventana, de la ventana al camino, y corrió y corrió perdiéndose en el bosque.

Los osos sólo lograron ver a lo lejos, entre los árboles, la linda cabellera de oro de la niña que estuvo en su casa cuando ellos paseaban por el bosque.



Tío Conejo y los Pavos de Tío Oso

Una vez Tío Cono, sentado a la sombra de un manzano, tocaba su flauta para olvidar el hambre que le hacía desfallecer. No quería molestarse en buscar algo que comer, porque era más lindo para él, oír el canto de los pájaros y el murmullo de las aguas en la música de su flauta.

A lo lejos vio a Tío Oso y se dijo:

—¡Allá viene Tío Oso! ¿Qué intenciones se traerá?

—¡Hola! ¿Adonde va mi Tío Oso con ese leño y ese saco tan enorme?

—¡Oh Tío Conejo! ¡Todo lo quieres saber! Voy con este leño y este saco enorme porque cazaré en el bosque tantos animales, como que volveré con el saco lleno. Ya sé lo que piensas, pero, para el Tío Conejo a quien puedo comerme de un bocado, para el inocente Tío Conejo que cree que puede engañarme, no traeré nada; nada. Y ya lo sabes, por no perder tiempo no te cazo para cenarte esta noche. Lo haré después, ¡aunque eres tan poca cosa!: y espero, que para entonces estarás muy gordito.

—¡Lo veremos. Tío Oso!, buen viaje, y hasta la vuelta.

Tío Conejo estuvo entretenido todo el día tocando la flauta y pensando, pensando... ¿Qué haré para participar de la caza de Tío Oso?

Ya era muy tarde cuando Tío Conejo cortó una ramita del manzano y se hizo una flecha. Después, del alto del árbol vio venir a Tío Oso con el saco sobre sus espaldas, caminando, caminando. Bajó rápidamente, se quitó sus vestidos, y desnudo se tendió en el camino colocándose la flecha en el corazón.

Cuando Tío Oso lo encontró, dijo: —¡Oh!, un conejo muerto; y está gordito. ¡Qué lástima!, traigo tantos pavos en mi saco que ya no queda espacio para este conejito.

Y Tío Oso siguió despacio, caminando, caminando.

Apenas Tío Conejo perdió de vista, corrió y corrió y adelantándose volvió a tenderse en el camino con la flecha en el corazón.

Cuando de nuevo lo encontró Tío Oso dijo sorprendido:

—El segundo conejo muerto, y está calentito y gordo, como el otro. Iré por el primero, ataré los dos con una cuerda y los llevaré a mi casa.

Ahí dejó su saco y se devolvió a traer el conejito.

Mientras tanto, Tío Conejo se vistió, y tomando el saco se alejó en el bosque, gozando: porque había logrado engañar a Tío Oso y porque esa noche tendrían rica cena en su casa.

No encontró Tío Oso ningún conejo, y nunca ha podido comprender como desaparecieron dos conejos y su saco lleno de tantos pavos como había logrado cazar en el bosque.



El Gato y el Loro

Había una vez un gato y un loro. Convinieron en invitarse mutuamente a comer, una vez cada uno. Al gato le tocaba primero hacer la invitación, y lo que sirvió fue un litro de leche, un pedacito de pescado y una galleta. El loro era muy bien educado para quejarse por la comida, pero la verdad es que no estaba contento.

Cuando llegó su turno, preparó una comida muy buena para invitar al gato: asó un lomo de ternera, recogió una cesta de frutas, hizo una tetera de té, y mejor aún, horneó una gran cantidad de pastelitos, unos pastelitos redondos, morenos y tostados. ¡Por todos eran quinientos! Figuraos que llenó de pasteles una canasta de guardar ropa limpia. Y sirvió al gato cuatrocientos noventa y ocho pastelillos y no dejó para sí más que dos.

Bien, el gato comió el asado y bebió el té; chupó bien las frutas y la emprendió contra los pastelillos... y en un decir amén se se los comió todos, ¡cuatrocientos noventa y ocho!

Cuando terminó, se volvió hacia el loro y le dijo:

—Tengo hambre. ¿No tienes algo más que darme de comer?

—Tengo mis dos pastelillos—contestó el loro, tan admirado de verlo comer, que no había pensado en tocarlos.

—Si quieres los pastelillos...

El gato se los comió; luego lamiéndose el hocico, dijo:

—Comienzo a sentir apetito. ¿No tienes algo más que darme?

—Muy bien—respondió el loro que principiaba a enfadarse, —no veo nada más, ¡a menos que me quieras comer a mí también!

Apenas hubo dicho esto el loro, cuando el gato se lamió el hocico, lo abrió y pas, pas, traga tragando, el loro pasó al estómago del gato.

Una viejita que le había servido la mesa, y a quien chocara la conducta del gato, se puso a decir:

—¡Gato!, ¡gato! ¿cómo es posible que hayas comido a tu amigo el loro?

—¡Loro! ¡Muy bien!, replicó el gato. ¿Qué es para mí un loro? Me dan ganas de comerte a ti también, y pas... pas, traga tragando, la viejita pasó al estómago del gato.

Luego se fue a la calle, muy echado para atrás, lleno de orgullo, aunque no sabía por qué. Encontró a un hombre que conducía a un asno. El hombre le dijo:

—Hazte a un lado, minino, voy precisado y mi asno puede pasarte por encima.

—¡Asno! ¡Muy bien!—dijo el gato.

—¿Qué es para mí un asno? Me he comido quinientos pastelillos; me he comido un loro; me he comido a una vieja; ¿por qué no me voy a comer también a un hombre y su burro? Y pas... pas, traga, tragando, el buen hombre y su asno pasaron al estómago del gato.

Siguió su camino muy echado para atrás. Más allá encontró la boda del rey. El rey iba adelante, con su manto nuevo, y con su esposa de la mano: tras él seguían los soldados; luego una larga fila de elefantes alineados de dos en dos. Como el rey acababa de casarse, estaba de excelente humor y dijo al gato con muy buen modo:

—Hazte a un lado, minino; mis elefantes pueden despanzurrarte.

—¡Despanzurrarme! ¡Muy bien!—dijo el gato echándose todavía más para atrás. ¡Jo! ¡Jo! Me he comido quinientos pastelillos; me he comido a mi amigo el loro; me he comido a una vieja; me he comido a un buen hombre y su asno. ¿Por qué no me voy a comer a un miserable rey y a todo su cortejo?

Y pas... pas, traga tragando, el rey y la reina, todos los soldados y todos los elefantes pasaron al estómago del gato.

Luego siguió su camino, no muy ligero, porque de veras que estaba lleno por esta vez. Un poco más lejos encontró dos cangrejos que marchaban de medio lado, tan ligero

como les era posible.

Pasa al otro lado minino—, le gritaron.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!— rio el gato con unas carcajadas terribles.

—Me he comido quinientos pastelillos; me he comido a mi amigo el loro; me he comido a una vieja; me he comido a un buen hombre con todo y su asno; me he comido al rey, a la reina, a los soldados y a los elefantes. También os voy a comer. Y pas, pas, traga tragando, los dos cangrejos pasaron al estómago del gato.

Cuando los cangrejos llegaron al estómago se pusieron a mirar en torno suyo. Estaba muy oscuro, pero al cabo de un momento, pudieron ver al pobre rey sentado en el suelo, con la reina desmayada en los brazos. En torno suyo los soldados majándose los pies unos a otros y los elefantes que en vano trataban de alinearse de dos en dos, pues no había campo. En un rinconcito estaba la viejecita y a su lado el buen hombre con su asno. En otro rincón estaban los quinientos pastelillos, unos encima de otros, y en el cucurucho, posado sobre el último pastel, el loro con las plumas erizadas.

—Hermano, dijo uno de los cangrejos, pongámonos a la obra, y ss, ss, ss, comenzaron a abrir con sus pinzas un huequito por un lado del gato: y lo fueron haciendo más grande y más grande, ss; ss, ss, hasta que por fin todos pudieron pasar. Salieron, y detrás siguieron el rey con la reina en los brazos, luego los soldados, luego los elefantes de dos en dos; luego la viejita, el buen hombre con su asno, y por último, el loro, con un pastelillo en cada pata, ya sabéis, él no quería más de dos.

Y el gato tuvo que quedarse todo el día zurciéndose el agujero para aprender a no ser tan glotón.



El Gallito de la Cresta de Oro

Un viejo matrimonio era tan pobre que con frecuencia no tenía ni un mendrugo de pan que llevarse a la boca.

Un día los viejecitos se fueron al bosque a recoger bellotas para traerlas a casa y tener con qué satisfacer su hambre.

Mientras comían, a la anciana se le cayó una bellota en la cueva de la cabaña; la bellota germinó y poco tiempo después asomaba una ramita por entre las tablas del suelo. La mujer lo notó y dijo a su marido:

—Oye, es menester que quites una tabla del piso para que la encina pueda seguir creciendo y, cuando sea grande, tengamos bellotas en casa sin necesidad de ir a buscarlas al bosque.

El anciano hizo un agujero en las tablas del suelo y el árbol siguió creciendo rápidamente hasta que llegó al techo. Entonces el viejo quitó el tejado y la encina siguió creciendo, creciendo, hasta que llegó al mismísimo cielo.

Habiéndose acabado las bellotas que habían traído del bosque, el anciano cogió un saco y empezó a subí por la encina; tanto subió que al fin encontró el cielo. Llevaba ya un rato paseándose por allí cuando percibió un gallito de crestaje oro, al lado del cual se hallaban unas pequeñas muelas de molino.

Sin pararse a pensar más, el anciano cogió el gallo y las muelas, y bajó por la encina a su cabaña. Una vez allí, dijo a su mujer:

—¡Oye, mi vieja! ¿Qué podríamos comer?

—Espera—le contestó ésta—; voy a ver cómo trabajan estas muelas. Las cogió y se puso a hacer como que molía, y en el acto empezaron a salir flanes y pasteles en tal abundancia que no tenía tiempo de recogerlos. Los ancianos se pusieron muy contentos, y cenaron succulentamente.

Un día pasaba por allí un noble y entró en la cabaña.

—Buenos viejos, ¿no podríais darme algo de comer?

—¿Qué quieres que te demos? ¿Quieres flanes y pasteles?—le dijo la anciana.

Y tomando las muelas se puso a moler, y en seguida salieron en montón flanes y pasteles.

El noble los comió y propuso a la mujer —Véndeme, abuelita, las muelas.

—No—le contestó ésta—; eso no puede ser.

Entonces el noble, envidioso del bien ajeno, le robó las muelas y se marchó.

Apenas los ancianos notaron el robo se entristecieron mucho y empezaron a lamentarse.

—Esperad—les dijo el Gallito de Cresta de Oro— volaré tras él y le alcanzaré.

Echó a volar, llegó al palacio del noble, se sentó encima de la puerta y cantó desde allí:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Devuélvenos las muelas de oro que nos robaste!

En cuanto oyó el noble el canto del gallo ordenó a sus servidores: —¡Muchachos! ¡Coged ese gallo y timadlo al pozo!

Los criados cogieron al gallito y lo echaron al pozo; dentro de éste se le oyó decir:

—¡Pico, pico, bebe agua!

Y poco a poco se bebió toda el agua del pozo.

En seguida voló otra vez al palacio del noble, se posó en el balcón y empezó a cantar:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Devuélvenos las muelas de oro que nos robaste!

El noble, enfadado, ordenó al cocinero que metiera al gallo en el horno. Cogieron al gallito y lo echaron al horno encendido; pero una vez allí, empezó a decir:

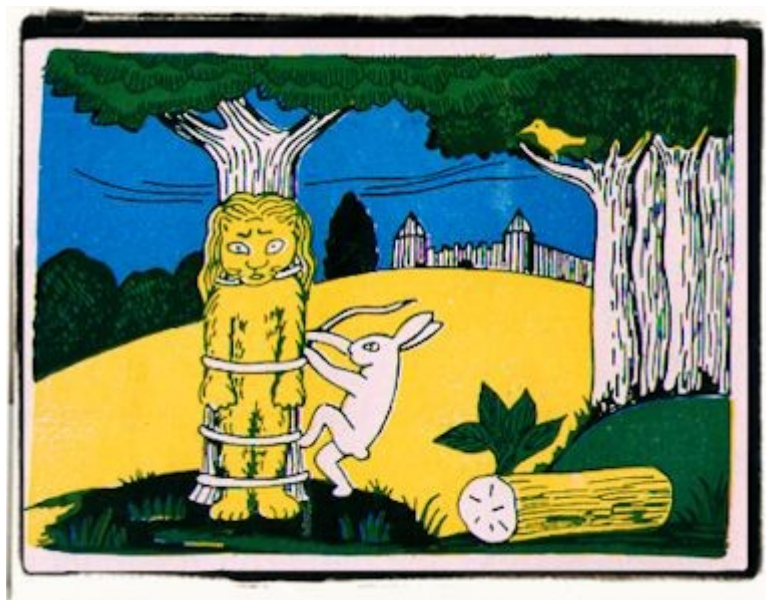
—¡Pico, pico, vierte agua!

Y con el agua que vertió apagó toda la lumbre del horno.

Otra vez echó a volar, entró en el palacio del noble y cantó por tercera vez:

—¡Quiquiriquí! ¡Señor! ¡Devuélvenos las muelas de oro que nos robaste!

En aquel momento se encontraba el noble celebrando una fiesta con sus amigos, y éstos, al oír lo que cantaba el gallo, se precipitaron asustados fuera de la casa. El noble corrió tras ellos para tranquilizarlos y hacerlos volver, y el Gallito de Cresta de Oro, aprovechando este momento en que quedó solo, cogió las muelas y se fue volando con ellas a la cabaña del anciano matrimonio, que se puso contentísimo y vivió en adelante muy feliz, sin que, gracias a las muelas, le faltase nunca qué comer.



Somba burla al Rey

El rey de la selva, Ugonaba, el león, publicó el siguiente bando: "Se prohíbe en lo sucesivo, a todos los animales del bosque, comer uvas. Ese derecho me lo reservo para mí que soy el Rey."

Somba, el conejo, lo oyó y dijo: —Los demás animales harán lo que quieran, a mí me es igual; pero precisamente ahora, será cuando yo coma más uvas.

Fue al bosque y comenzó a tirar de las lianas y de las ramas, soltándolas con fuerza, de manera que hacían un gran ruido. Ugonaba lo oyó y vino corriendo y al encontrarse con Somba le preguntó: —¿Qué ruido es ese?

Somba le contestó: —¡Qué dicha que hayas venido!, porque sólo tú puedes salvarme la vida. Ya has oído el primer empuje del viento. Dentro de poco estallará una gran tempestad, el huracán se llevará a todos los animales; hasta el elefante será arrastrado como una hoja.

Ugonaba se llenó de miedo y dijo: —Eso no es posible; antes hay que atarme a mí que soy el Rey. Atame en seguida. Somba obedeció y con lianas y bejucos lo ató a un árbol. Allí dejó al Rey, y sin preocuparse más, se internó en el bosque y se comió todas las uvas.

Ugonaba estuvo mucho tiempo sin poder moverse. Por fin, las Termitas compadecidas comenzaron a roer las lianas y bejucos con que estaba atado.

Poco tiempo después, Ugonaba daba una gran fiesta con toda clase de diversiones a la que invitó a todos los animales del bosque.

Somba se dirigió a Kango, el pelícano, y le dijo: —He oído una novedad importante; préstame tu vestido para que me lo ponga. Kango le dio su vestido a Somba. Luego Somba corrió en busca de Buruogo, el faisán, y le dijo: —Préstame el bonito sombrero que llevas en la cabeza. He oído una novedad importante y quisiera estar presente. Para ir bien vestido me hace falta tu sombrero. Buruogo se lo prestó, Somba se presentó al palacio del Rey con el traje de plumas de Kango y el sombrero de color de Buruogo. Dijo al entrar:

—Buenos días, señor Rey. Soy el hijo de las Termitas, y me he atrevido a venir a la fiesta de tu cumpleaños porque has invitado a todos los animales.

—Eso está bien—, dijo el Rey. —Tu padre me libertó cuando el perverso Somba se burló de mí dejándome atado a un árbol. Y agregó después: —En reconocimiento a tu padre quiero recibirte y atenderte con todo gusto.

Ugonaba mandó obsequiar a Somba con vinos exquisitos y ricos manjares y además le destinó una excelente cama donde el conejo se acostó y se durmió profundamente.

La mujer del Rey pensó: —"El huésped, el hijo del pequeño Termita, lleva mucho tiempo durmiendo; ¿no será que está enfermo? Voy a ver lo que le ocurre."

La mujer entró en la habitación. Somba estaba dormido y el sombrero se le había caído de la cabeza. La mujer lo vio con la cabeza, desnuda y pensó: —Es chocante que el hijo del pequeño Termita tenga orejas como las de Somba. Voy a decírselo al Rey. Se fue en busca de Ugonaba y le dijo: —El huésped no es el hijo del Termita; es Somba; basta verle las orejas. —No puedo creerlo—dijo el Rey—. Mandaré un emisario a que lo vea. Al volver el emisario dijo: —Está dormido, se parece a Somba, se conoce por las orejas. Ugonaba asustado ordenó a sus soldados dar a Somba de palos hasta matarle e hizo rodear el palacio de perros, para que éstos acabaran con Somba a mordiscos, si lograba escapar.

Cuando los soldados entraron en la habitación despertó Somba y tomando su mochila saltó sobre ellos, y escapó. Los perros lo persiguieron, pero cuando Somba tuvo muy cerca al primer perro, le tiró un hueso que éste arrastró a un lado y se puso a roer. Un perro tras otro fueron así apartándose. Al final quedaba sólo un perro viejo que hasta entonces no había querido coger ningún hueso, pero Somba sacó del saco un hueso con un gran pedazo de carne y se lo fue enseñando largo rato, despertando en él el hambre. Este perro cogió por fin el hueso y se apartó de Somba. Durante un buen rato se vio libre de sus perseguidores; pero cuando estaba muy cerca del bosque salvador, y en el momento en que iba a saltar dentro de la selva, el perro viejo lo cogió por la pata trasera. Somba se echó a reír y dijo: —¡Muerdes un trozo de madera teniendo tan cerca mi pie! Entonces el perro soltó la pata de Somba y pescó una rama seca. Somba desapareció en el bosque.



Tío Conejo y Tío Tigre

Un día el conejito blanco se encontró con que no tenía nada qué comer. Todas sus provisiones se habían agotado; lo que es peor, no había donde reponerlas.

Era un tiempo de mucha escasez, de mucha escasez.

Pasaron varios días. ¿Qué hambre tenía el conejito blanco! Desesperado, salió a la carretera y se arrojó en medio de ella, con las patitas hacia el cielo y las orejitas caídas, como si estuviera muerto.

Pasó un campesino que regresaba del pueblo con las arguenas llenas de provisiones.

—¡Un conejito! —se dijo— y parece que está recién muerto! Buen estofado para la noche. Y, bajándose del caballo, cogió al conejito y lo metió en la árguena.

No bien el conejito se sintió dentro, se dejó resbalar hasta el fondo, hizo con sus dientes una rotura en la tela y empezó a arrojar al camino las provisiones del campesino: jamones, tortillas, quesos. Después se arrojó él, por el mismo agujero, recogió todo y se fue a su cueva, en la selva.

Por la noche, una noche de luna clara como un espejo, sacó de su cueva un gran queso y se puso a comer.

A esa misma hora salió a cazar el Tigre, y guiado por su olfato llegó hasta donde el conejito.-

—¡Qué buen bocado!—pensó—. Conejo de entrada y queso de postre! Pero queriendo obrar como persona educada saludó con más o menos amabilidad. —

¡Buenas noches, tío Conejo! —Buenas noches, tío Tigre—contestó el conejito más muerto que vivo.

—Veo que se alimenta bien, tío Conejo —dijo el Tigre—. ¿De dónde has sacado tan rico alimento, en este tiempo de tanta escasez?

—¡Ah!, tío Tigre,—contestó el Conejo, este es apenas un quesito. Donde me lo regalaron hay otros enormes, pero yo no pude traer sino este chiquito, y aun a duras penas.

—¿Y dónde hacen esos regalos?—dijo el Tigre, saboreándose anticipadamente—. ¿Se puede saber?

—¡Cómo no, tío Tigre! ¡Ahora mismo lo llevo yo al sitio en que los dan!

Y se echaron a caminar los dos: tío Tigre y tío Conejo. Por el camino el Tigre pensaba: "Apenas me den una buena cantidad de grandes quesos, vuelvo y me como a este Conejo y su queso."

Así llegaron al borde de una profunda laguna.

Tío Conejo se asomó y dijo:

—¡Mire, tío Tigre! ¿Ve aquel inmenso queso? ¡Pues como ese, hay montones!

El Tigre se asomó y divisó en el fondo un queso enorme, redondo. Se relamió de gusto.

—¿Y cómo se sacan, tío Conejo?

—Muy fácil—respondió éste—. Basta con tirarse de cabeza al agua. Abajo hay un Rey muy cariñoso y bueno que regala los quesos. Lo que sí es que el camino es larguito. Para llegar, más luego, yo me amarré una gran piedra al cuello. Después, para subir, se desamarra la piedra, y listo!

El Tigre vaciló un poco. ¡Pero el queso que se divisaba en el fondo era tan grande y apetitoso!

Se decidió:

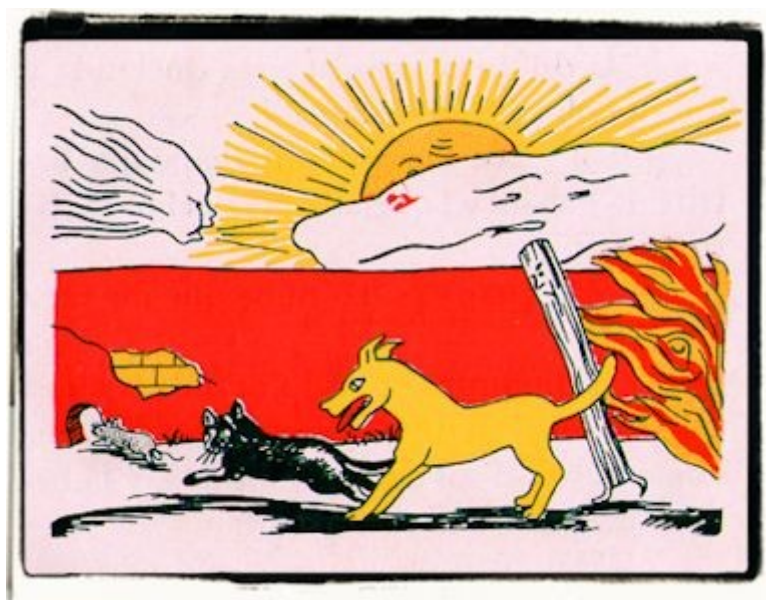
-Bien, tío Conejo. Amárrame una piedra grande, que quiero llegar lo más luego posible.

No se inquiete, tío Tigre—repuso el Conejo. Va a llegar en un momento. Y le amarró al cuello la piedra más grande que encontró.

Luego el Tigre, tomando impulso, se arrojó de cabeza a la laguna.

—¡Buen viaje, tío Tigre!—gritó el Conejo. ¡Qué le aprovechen los quesos, y. escoja los más grandes!

Luego, alegremente, se volvió a su cueva a continuar su comida.



¡Qué Guapa es la Helada!

Pero una noche cayó una helada tan grande que la diuquita amaneció con una pata quebrada. Y con su dolor fue a quejarse.

—Helada, ¿por qué eres tan guapa que me quebraste la patita a mí?

—Más guapo es el Sol que me derrite a mí.

Y la diuquita con su pata quebrada y con su dolor fue donde el sol.

—Sol, ¿por qué eres tan guapo que derrites la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapa es la nube que me tapa a mí.

Y la diuquita con su dolor fue a la nube. —Nube, ¿por qué eres tan guapa que tapas al sol, el sol derrite la helada, y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el viento que me arrastra a mí.

Y la diuquita fue al viento.

—Viento, ¿porqué eres tan guapo que arrastras a la nube, y nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapa es la pared que me ataja a mí.

Y fue a la pared

—Pared, ¿por qué eres tan guapa que atajas al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el ratón que me roe a mí.

Y la diuquita, con su pata quebrada y con su dolor, fue donde el ratón.

—Ratón, ¿por qué eres tan guapo que roes la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada, y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el gato que me come a mí.

Y la diuquita con su dolor fue donde el gato.

—Gato, ¿por qué eres tan guapo que te comes al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el perro que me muerde a mí.

Y la diuquita fue donde el perro.

—Perro, ¿por qué eres tan guapo que muerdes al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el palo que me pega a mí.

Y fue donde el palo.

—Palo, ¿por qué eres tan guapo que le pegas al perro, el perro muerde al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra a la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el fuego que me quema a mí.

Y fue al fuego.

—Fuego, ¿por qué eres tan guapo que quemas al palo, el palo pega al perro, el perro muerde al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapa es el agua que me apaga a mí.

Y fue al agua.

—Agua, ¿por qué eres tan guapa que apagas al fuego, el fuego quema al palo, el palo pega al perro, el perro muerde al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada, y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapa es la helada que me congela a mí.

Y la diuquita con su patita quebrada y con su dolor, volvió al nido.

—Dios mío, ¿qué guapa es la helada!



Los Tres Chanchitos

Había una vez tres chanchitos que se fueron por el mundo a buscar fortuna. El primero encontró a un hombre que llevaba un haz de paja y le dijo:

—Buen hombre, dame esa paja para construirme mí casa.

El hombre le dio la paja y el chanchito se construyó con ella una casa.

No tardó el lobo en llegar y llamando a la puerta, gritó:

—Chanchito, chanchito, déjame entrar.

Pero el chanchito le respondió:

—No, no, por mis barbas.

Entonces el lobo replicó:

—Pues bien, daré resoplidos, aullaré y aplastaré tu casa.

Y se puso a resoplar y aullar y aplastó la casa, y se comió al primer chanchito.

El segundo chanchito encontró a un hombre que llevaba una carga de ramas espinosas, y le dijo:

—Buen hombre, dame esas ramas espinosas, para construirme una casa.

El buen hombre le dio las espinas y el chanchito se construyó su casa.

No tardó el lobo en llegar, y dijo:

—Chanchito, chanchito, déjame entrar.

—No, no, por mis barbas.

—Pues bien, daré resoplidos, aullaré y aplastaré tu casa.

Y se puso a resoplar y aullar y aplastó la casa y se cómico al segundo chanchito.

El tercer chanchito encontró a un hombre con una carga de ladrillos, y le dijo:

—Buen hombre, dame esos ladrillos para construirme una casa.

El hombre le dio los ladrillos y con ellos se construyó una casa bien resistente.

De nuevo llegó el lobo y dijo:

—Chanchito, chanchito, déjame entrar.

—No, no, por mis barbas.

—Entonces daré resoplidos, aullaré y aplastaré tu casa.

Y se puso a resoplar, aulló, resopló y volvió a resoplar, y aulló y aulló, pero no pudo aplastar la casa.

Por fin se detuvo y dijo al chanchito:

—Yo sé donde hay un lindo campo de nabos.

—¿Dónde?—preguntó el chanchito.

—Allá abajo, en el terreno del herrero. Si estás listo mañana por la mañana iremos juntos a buscarlos y los traeremos para nuestra cena.

—Bueno—dijo el chanchito. ¿A qué hora?

—¡Oh!, a las seis de la mañana.

Pero el chanchito se levantó a las cinco y corrió a buscar los nabos antes que el lobo se hubiese levantado. Y cuando el lobo llegó gritando:

—¿Chanchito, chanchito, estás listo?

—¿Listo? Si hace un rato que volví y los nabos están casi cocinados.

El lobo se enojó mucho, pero pensó que ya encontraría el medio de acabar con el chanchito y sólo dijo:

—Chanchito, yo sé donde hay un hermoso manzano lleno de manzanas maduras.

—¿Dónde?— preguntó el chanchito.

—Allá abajo, en el jardín del señor cura; y si quieres darme tu palabra, vendré a buscarte mañana a las cinco de la mañana para que vayamos.

El chanchito no dijo nada; se levantó a las cuatro y corrió a buscar las manzanas; esperando estar des vuelta antes de la llegada del lobo; pero se estuvo mucho para subir al árbol, de manera que cuando justamente iba a descender del árbol vio llegar al lobo. Este le dijo;

—¡Qué es eso! ¿Ya estabas aquí? ¿Están maduras las manzanas?

—Por supuesto--respondió el chanchito. Pruébalas.

Y tiró tan lejos una manzana, que mientras el lobo fue a recogerla, el chanchito saltó al suelo y corrió a su casa.

Al día siguiente el lobo vino de nuevo y dijo:

—Chanchito, ¿vamos esta tarde al mercado de la villa'

—Bueno, contestó el chanchito. ¿A qué hora?

—A las tres de la tarde.

Como de costumbre, el chanchito partió mucho antes de la hora señalada; fue al mercado y compro una máquina de hacer mantequilla y venía rodándola hacia su casa. cuando vio venir al lobo. Entonces se metió entre la máquina y la hizo rodar por la cuesta, con tanta velocidad, que el lobo salió huyendo hacia su casa. Más tarde fue a la casa del chanchito y le contó del miedo que había tenido con una cosa redonda, muy grande, que se había encontrado que rodaba sola por la cuesta.

El chanchito se echó a reír y dijo:

—¡Era yo! ¿Con que te metí miedo?

Entonces al lobo le dio tal cólera, que trató de bajar por la chimenea para comerse al

chanchito. Pero éste se apresuró a poner una gran olla de agua al fuego, y cuando el lobo venía para abajo, quitó la tapa a la olla y el lobo cayó en el agua hirviendo.

El chanchito volvió a tapar la olla y allí se cocinó bien el lobo y a la hora de la cena el chanchito se lo comió.



Tío Conejo y Tía Boa

Tío Conejo estaba muy preocupado porque era la tercera vez que había estado en unas de que se lo echara de un bocado tía Boa. La había encontrado hecha una espiral entre el zacatito verde en donde él acostumbraba cenar, y creyéndola dormida no le hacía caso; pero cata que de pronto tía Boa se desenrollaba como por resorte y si no hubiera sido porque tío Conejo tenía buenas piernas, se lo habría tragado.

Se puso a pensar y va de pensar cómo haría para matarla; era tan larga, tan gruesa, que de sólo verla le temblaba el cuerpo. Al fin le vino una idea. Tomó un saco de tela gruesa y se encaminó hacia la casa de tía Boa. Ella vivía en el hueco de un tronco carcomido de un viejo espabel que daba sombra a un ojo de agua. Como si fuera con alguien, al acercarse al árbol se puso a decir, primero en voz alta y luego más baja, diferente a la suya;

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que sí?

—¿A que no?

—¡Apostemos que sí!

—¡Apostemos que no! —¡Hombre, que sí alcanza! —Hombre, no seas maceta, que tía Boa es más larga que un camino y más gruesa que ese espabel; yo apostaría mi cabeza a que no alcanza.

—¡Pues yo digo que sí alcanza! Al decir la última frase iba llegando tío Conejo a la casa de tía Boa, la cual dormía y a las voces se había despertado. Por fortuna estaba de buen humor, pues tenía en la panza un cariblanco que había bajado al ojo de agua; así es que estaba haciendo la digestión. Asomó la cabeza por el hueco y como viera a tío Conejo le preguntó:

—Idiaí, hombre, ¿qué es esa algazara que traes, que me ha despertado?

Pues, señora, vaya viendo que ese porfiado de mi hermano (al mismo tiempo indicaba con el dedo detrás del árbol hacia unos matones, como si allí estuviera esondido el supuesto hermano) dice que apuesta a que usted no alcanza en este saco (mostró a la vez el saco a tía Boa) y yo le digo que apostemos a que sí alcanza.

—Abre la boca al saco,—dijo tía Boa—, para acomodarme dentro; así se convencerá ese porfiado y tú ganarás la apuesta.

Tío Conejo, mientras tanto, decía para sí: "¡Ay, María Santísima, que no le den ganas a tía Boa de comerme!" Le temblaba todo el cuerpo, pero logró serenarse y abrió el saco, acomodándose en él la tía Boa perfectamente. Sin pérdida de tiempo, tomó tío Conejo una cuerda que llevaba en el bolsillo, amarró con nudo ciego la boca del saco y de un empujón la echó al río.



El Gato, el Gallo y la Zorra

En otros tiempos hubo un anciano que tenía un gato y un gallo, muy amigos uno del otro.

Un día el anciano se fue al bosque a trabajar; el Gato le llevó el almuerzo y el Gallo se quedó para guardar la casa. Pasado un rato se acercó a la casa una zorra, y situándose debajo de la ventana se puso a cantar:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro! Sí sales a la ventana te daré un guisante.

El Gallo abrió la ventana, y en un abrir y cerrar de ojos la Zorra lo cogió para llevárselo a su choza. El Gallo se puso a gritar:

—¡Socorro! Me ha cogido la Zorra y me lleva por bosques oscuros, profundos valles y altos montes. ¡Gatito, compañero mío, socórreme!

Cuando el Gato oyó los gritos echó a correr en busca del Gallo; encontró a la Zorra, le arrancó el Gallo y se lo trajo a casa.

—Ten cuidado, querido Gallito—le dijo el Gato—, de no asomarte más a la ventana; no hagas caso de la Zorra, que lo que quiere es comerte sin dejar de ti ni siquiera los huesos.

Al otro día se fue también el anciano al bosque; el Gato le llevó la comida y el Gallo se quedó a cuidar de la casa, no sin haberle recomendado el buen viejo que no abriese la puerta a nadie ni se asomase a la ventana. Pero la Zorra, que tenía mucha gana de comerse el Gallo se puso debajo de la ventana y empezó a cantar como el día anterior.

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro! Mira por la ventana y te daré un guisante y otras semillas.

El Gallo se puso a pasearse por la cabaña sin responder a la Zorra; entonces ésta repitió la misma canción y le echó un guisante por la ventana. El Gallo se lo comió y dijo a la Zorra:

—No, Zorra, no me engañas: lo que tú quieres es comerme sin dejar ni siquiera los huesos.

—¿Pero por qué te figuras que yo te quiero comer? Lo que quiero es que vengas a mi casa para hacerme una visita, presentarte a mis hijas y regalarte como te mereces.

Y otra vez se puso a cantar con una voz muy suave:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro y cabecita de seda! Mira por la ventana; así como te di un guisante te daré también semillas.

El Gallo asomó la cabeza por la ventana y la Zorra lo cogió con sus patas y se lo llevó a su choza.

El Gallo, asustado, se puso a dar grandes gritos:

—¡Socorro! La Zorra me ha cogido y me lleva por bosques oscuros, valles profundos y altos montes. ¡Gatito, compañero mío, socórreme!

El Gato oyó los gritos del Gallo, lo buscó por todas partes y al fin lo encontró; se lo quitó a la Zorra, lo trajo a casa y le dijo:

—¡No te había dicho, querido Gallito, que no mirases por la ventana? El mejor día te comerá la Zorra y no dejará de ti ni siquiera los huesos. Ten cuidado mañana porque iremos muy lejos de casa y no te podré oír ni ayudar.

Al día siguiente el anciano se marchó otra vez al campo, y el Gato, como de costumbre, le llevó la comida. Cuando la Zorra vio que se había marchado el viejo, vino debajo de la ventana de la cabaña y se puso a cantar la misma canción de siempre; la repitió tres veces, pero el Gallo no le respondía.

—¿Qué te pasa?—dijo la Zorra—¿Por qué hoy, Gallito, no me respondes?

—No Zorra: esta vez no me engañas; no miraré por la ventana.

La Zorra le echó por la ventana un guisante y varias semillas y se puso a cantar muy dulcemente:

—¡Cucurícú, Gallito de la cresta de oro y la cabecita de seda, sal a la ventana! Yo tenga un palacio grande, grande; en cada rincón hay muchos sacos de grano y podrás comer tanto como quieras. ¡Si tú vieras tantas golosinas que tengo allí! No creas al Gato que si yo hubiese querido comerte va lo habría hecho; yo te quiero mucho, y mi deseo es que viajes y veas tierras nuevas para que aprendas a vivir bien en el mundo. ¿Me tienes miedo? Pues mira, asómate a la ventana que yo me retiraré un poquito.

Y se escondió debajo de la ventana. El Gallo saltó sobre el marco y sacó su cabeza afuera; la Zorra de un golpe, lo cogió y se lo llevó a su casa.

El Gallo se puso a dar gritos desesperadamente llamando al Gato en su socorro; pero tanto el viejo como el Gato estaban muy lejos y no lo oyeron.

Apenas el Gato volvió a casa se puso a buscar a su amigo, y no encontrándolo, pensó que le habría ocurrido la misma desgracia de siempre. Cogió una lira y un palo y se fue en busca de la choza de la Zorra. Una vez llegado, se sentó y empezó a cantar acompañándose con la lira:

—Tocad cuerdecitas de oro. ¿Está en casa la señora Zorra? ¡Qué hermosas son sus hijas, la mayor Maniquí, la otra Ayuda Maniquí, la tercera Dame el Huso, la cuarta Carda la Lana, la quinta Cierra la Chimenea, la sexta Enciende el Fuego y la séptima Hazme Pasteles!

La Zorra, oyendo cantar, dijo a su hija Maniquí:

—Sal a ver quién canta tan bonita canción.

Apenas Maniquí se presentó al Gato, éste le dio un golpe en la cabeza con el bastón y la guardó en un saco que llevaba. Repitió la misma canción, y la Zorra envió a su segunda hija, y después envió la tercera, y así hasta la última. Conforme salían de la choza, el Gato las mataba y las guardaba en su saco. Por fin salió la misma Zorra, y apenas el Gato la vio le dio con el palo tal golpe en la frente, que la hizo rodar por el sudo para no levantarse más.

El Gallo se puso muy contento, saltó por una ventana, dio las gracias al Gato por haberle salvado y volvieron los dos a casa del anciano, donde vivieron muy felices durante muchos años.



Tío Conejo engaña al Rey

Una vez hubo una gran sequía. Los animales se morían de sed. Solamente había agua en un lago que se encontraba en medio del bosque. Ahí sí había bastante, como para saciar la sed de todos los animales.

Pero sucedió que el León, su rey, se adueñó del lago y se cogió toda el agua.

De rato en rato, corría por entre los árboles, sacudiendo su melena y dando espantosos rugidos que hacían temblar a todos los animales. Y pobrecito del que osara acercársele, estaba seguro de morir entre sus garras.

A medida que pasaban los días, los animales tenían más sed y ya no encontraban frutas en el bosque.

Tanta sed tenía Tío Conejo que mordía y chupaba los troncos de los árboles y, por las noches se tendía de espaldas, con la boca abierta, esperando que cayeran gotas de rocío y humedecieran su garganta.

Tío Conejo se estaba enloqueciendo. Yo quiero un trago de agua —se dijo— y voy a tomarlo; el Rey no puede detenerme.

Saltando, saltando, se entró en el bosque y estando cerca del lago saltó silencioso, y miró a su alrededor. Ahí estaba dentro del agua bañándose el León, y Tío Conejo miró con envidia las gotas de agua que se desprendían de su melena.

—¿Cómo es posible que el León tenga agua para bañarse y nosotros no tengamos ni una gota para beber?

Y la mente de Tío Conejo comenzó a trabajar. Por mucho rato pensó y pensó...

Se dijo:

—"Tengo que hacer salir al León del agua y después atarlo, y eso no es fácil. ¡Qué va a ser fácil!"

Tío Conejo estuvo largo rato dándole vueltas a la idea. De pronto observó el viento moviendo las ramas y levantando las hojas. Y fue entonces cuando vio claro; ya sabía lo que debía hacer.

En escapada fue a su casa y regresó con una cuerda muy larga y resistente. Ya estaba listo. Dio un gran suspiro y comenzó a correr y a correr, y corriendo se acercó al lago gritando:

—¡Oooooo! ¡Oooooo! ¡Vean! ¡Vean!

—¡Aló! Tío Conejo, ¿qué es lo que pasa? ¿y qué piensa hacer con esa cuerda tan larga?—dijo el León.

—Voy en este mismo instante a atarme a un árbol de roble, porque no quiero que me lleve el huracán que allá viene, arrastrando árboles piedras, animales y todo lo que encuentra en el camino. Señor Rey, le aconsejo que haga usted lo mismo. Escuche: ¿no oye silbando el huracán que ya se acerca?

—Una tormenta huracanada, quieres decir.

El León miró los árboles que se movían con fuerza y las hojas volando por los aires. Dijo a Tío Conejo.

—No tengo cuerda para atarme. ¿Que voy a hacer?

—Lo mejor que usted puede hacer es correr; corra, corra lo más que pueda.

—Soy demasiado grande y ya estoy viejo para correr.

—Haga un hoyo y se entierra.

—Eso coge mucho rato y no queda tiempo.

—Bien, yo creo que usted no podrá hacer nada. Siéntese en el agua y espere a que el huracán llegue y lo lleve lejos, muy lejos.

—Tío Conejo comenzó a hacer que se ataba a un árbol.

El león escuchó cómo el viento se oía venir soplando con más fuerza y se llenó de espanto.

—¡Dame un pedacito de tu cuerda, Tío Conejo, y árame bien a un árbol! ¡Yo soy el rey y no debo morir!

Esto era lo que el malito de Tío Conejo se quería. Ató al león tan bien, que ni cincuenta elefantes habrían podido soltarle.

Ya está hecho, - se dijo -, y fue al lago y tomó un gran trago de agua, y después otro, y otro, hasta no querer más. En seguida, sentado en sus patas traseras, se quedó mirando al león. Este lo miró a su vez y se dio cuenta de que Tío Conejo no tenía ninguna intención de atarse. Miró los árboles. Ahora se movían gentilmente. Comprendió que se había dejado engañar por Tío Conejo.

Dio entonces tan espantosos rugidos que todos los animales se acercaron pensando que algo malo le había pasado a su Rey

Tío Conejo de un salto llegó donde ellos y les dijo:

—Venid mis amigos, el lago es libre, y el Rey está seguro. ¡Bebed el agua!

Todos los animales se fueron acercando, los más grandes y los más pequeños. Bebieron el agua que saborearon con delicia y pensaron que el animal más inteligente entre ellos era Tío Conejo, que se había burlado del mismo Rey.



La Palomita Blanca

Pues señor, este era un príncipe que cazando un día llegó muy cansado a orillas de un arroyo. Calmó su sed, y ya iba a montar de nuevo en su caballo cuando vio cerca de él una joven hermosa que le miraba sonriendo. Enamorado de ella desde el mismo instante en que la vio, le confesó su amor y se despidió muy rendido. Al otro día volvió, y lo mismo hizo al siguiente día, y al otro y al otro, hasta que un día no pudiendo aguardar más tiempo, fue allí con un ermitaño que los casó. Pero el príncipe no podía casarse sin el consentimiento de su padre, y no atreviéndose a confesarle lo que había hecho, decidió tener oculto su casamiento hasta que fuera rey o encontrase una ocasión para poderlo declarar en voz alta ante todo el mundo. Por lo tanto convino con la niña en que ella seguiría viviendo en el campo, a orillas del arroyo y en el hueco de un árbol, viniendo él todos los días a verla. Así lo hicieron, y no había pasado un año todavía, cuando la joven tuvo un niño lindísimo, como que se parecía todo a ella, con sus ojos azules y sus cabellitos rubios. Cada vez eran mayores los deseos que el príncipe tenía de llevar a la corte a su mujer y a su hijo, pero no se atrevía y seguía esperando una ocasión propicia para hacerlo.

Sucedió en esto que al rey le declaró la guerra otro rey vecino y fue contra él al mando de un ejército el príncipe, después de despedirse con mucha pena de su esposa jurándole que a la vuelta de la guerra la llevaría al palacio y la presentaría a su padre y a toda la corte como su legítima esposa. Muy triste se quedó la niña sin su marido y se pasaba las horas muertas cuidando a su hijito.

Desde el hueco del árbol la joven veía su cara retratada en el agua del arroyo, y un día, cuando se estaba mirando y pensando en lo feliz que iba a ser, se presentó una mujer negra y fea que traía una vasija para llenarla de agua. Cuando la negra se agachó sobre el arroyo vio reflejada la cara de la niña y creyendo que era la suya, al verse tan hermosa, dijo:

—Yo, tan bonita y cargando una vasija. ¡Qué se rompa! Y dicho y hecho; tiró la vasija contra una roca y se hizo cien mil pedazos.

La niña no pudo contener la risa y la negra la descubrió en el hueco del árbol, quedando llena de envidia ante su belleza.

Desde entonces, todas las mañanas iba la negra al arroyo con una vasija.

Un día en que la niña tenía los cabellos revueltos por habérselos despeinado su hijo jugando, la negra se ofreció a peinárselos. La niña no quería porque le causaban repugnancia las manos tan negras de aquella mujer, pero ésta tanto insistió que al fin y al cabo la mujer del príncipe no tuvo más remedio que acceder.

Mientras la peinaba iba la niña contando su historia, y cada vez la negra sentía más envidia, hasta que, en un descuido, le clavó un alfiler en la cabeza. En el mismo instante la niña se convirtió en una palomita blanca, que agitó las alas y se perdió en el cielo volando, volando tan alto que ni las mismas nubes podían seguir su vuelo. La negra entonces, cogió al niño y ocupó el lugar de la joven en el hueco del árbol.

Poco tiempo había pasado de esto cuando un día volvió el príncipe, que había vencido a sus enemigos, y ya era rey porque había muerto su padre. Venía a recoger a su mujer y a su hijo, y cuál no sería su sorpresa cuando, en vez de la hermosa niña rubia que había dejado, encontró una negra, muy negra y muy fea. Por más que quería disimular el disgusto y contenerse, no pudo menos que preguntarle cómo había perdido los bellos colores que antes tenía.

El sol y la serena vuelven a la gente morena,

le contestó la negra, procurando imitar la voz de la niña. Como estaba allí el hijo y el príncipe lo quería mucho, no vaciló y se llevó a la corte a la negra que fue declarada reina y el niño fue reconocido como príncipe.

A los pocos días una palomita blanca vino volando hacia los jardines del palacio, y posándose en una rama de un árbol que estaba lleno de flores preguntó al jardinero:

—Jardinerito del rey, ¿cómo le va al rey con la reina mora? -Bien señora.

—Y el niño, ¿canta o llora?

—Unas veces canta y otras veces llora.

Y yo, triste de mí, por estos campos sola —decía la palomita y se? marchaba volando.

Todos los días sucedía lo mismo, y tanto le llegó a extrañar al jardinero., que una tarde en que el rey se paseaba solo por los jardines del palacio, se acercó a él y le dijo lo que pasaba. El rey muy sorprendido, le encargó que al día siguiente cogiese a la palomita, ya que era tan mansa, y se la llevase, porque la quería ver.

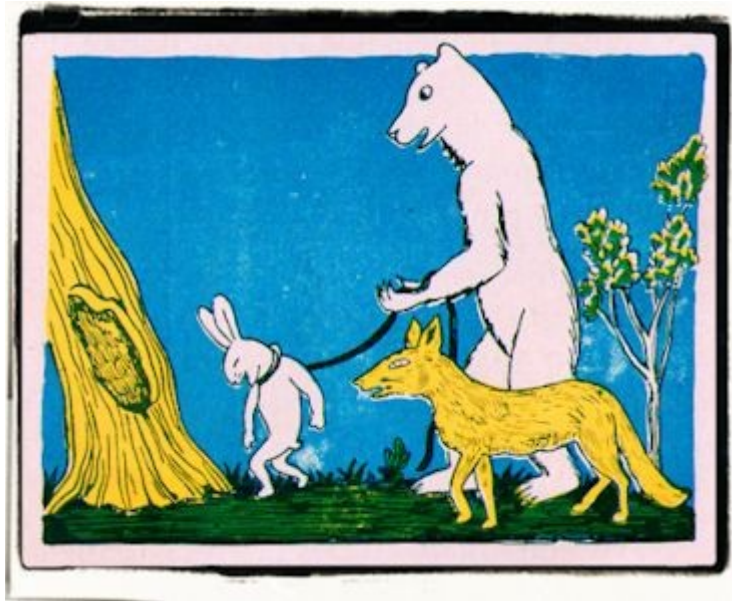
Almorzando estaba el rey con la negra y el príncipe, que ya tenía más de dos años, cuando entró el jardinero en el comedor llevando en sus manos la palomita blanca. Apenas la vio la negra empezó a refunfuñar, pero el rey no le hizo caso y cogiendo a la palomita la colocó sobre la mesa. Entonces ésta tomó un grano de arroz del plato del rey y otro del plato del príncipe y volviéndose de espaldas al plato de la reina, hizo en él lo que no se puede decir. La reina se puso muy furiosa y empezó a dar voces a sus criados para que matasen a la palomita; pero el rey la cogió en sus manos y empezó a acariciarla, pasándole suavemente la mano por la cabeza. De pronto exclamó sobresaltado:

—Pobre animalito; tiene clavado un alfiler en la cabeza. Voy a sacárselo.

Mucho dijo la reina para disuadir al rey de su propósito, pero éste tiró del alfiler y en el mismo instante se convirtió la palomita en la hermosa joven del arroyo, a cuyos pies se arrodilló el rey diciendo:

Tú eres mi mujer, tú eres la única a quien yo amo.

Y se descubrió todo. La joven contó a su esposo lo que le había acontecido, y en vista de ello la negra fue quemada por orden del rey en la plaza pública como hechicera. El pueblo hizo grandes fiestas en honor de la nueva reina y todo el mundo se hacía lenguas de su belleza y de la bondad de su corazón.



Tío Conejo Ríe y Ríe

Después de que tío Conejo se burló del León y lo ató a un árbol se sintió más inteligente y mucho más poderoso.

—En este mundo no ay animal que logre aplastarme-se dijo-. Sin temor voy y v[^]ngo por todas partes.

Tan seguro estaba que vivía sin cuidarse.

Y una tarde de mucho calor se tendió a dormir a la sombra de un árbol. Un ruido extraño lo despertó. Sus ojos miraron alrededor y no vieron criatura alguna.

De una cueva cercana salió Tío Oso con una larga cuerda y, escondiéndose entre los árboles fue acercándose.

Cuando Tío Conejo se dio cuenta tenía la soga al cuello. Y lo que más le dolía era pensar que lo había cogido el animal más bobo del bosque!

Tío Oso arrolló la cuerda en el cuerpo de Tío Conejo, desde el cuello hasta las patas, y lo amarró a una caña.

¡Ya no se sentía tan poderoso el conejito!

Tía Zorra llegó en ese momento y mirando a Tío Conejo le dijo:

—¡Ahora no te escaparás, astuto amigo!

Después, se acercó a Tío Oso y le habló en secreto. Y los dos corrieron con presteza a

recoger leña y a encender el fuego.

En seguida Tía Zorra se dirigió a Tío Conejo diciéndole: "

—Mira Tío Conejo ese fuego; te vamos a asar en este mismo momento.

Y Tío Oso riéndose agregó:

-¡Ya estoy saboreando ese rico bocado!

Tío Conejo muerto de miedo miró las llamas chispeantes y tembló todo su cuerpo y le traquearon los dientes, pero pensó que no podía perder tiempo, que debía hacer algo.

Su mente comenzó a trabajar, a trabajar. De pronto, brilló la idea. Ya no tenía miedo. Abrió la boca y ríe a carcajadas. ¡Ja-ja ja! ¡Ja-ja-ja!

Tío Oso y Tía Zorra se miraron atónitos.

Tía Zorra dijo a Tío Conejo.

—¿No comprendes? ¡Te vamos a asar en ese fuego!

Tío Conejo siguió riéndose con más gana.

—¡Creo que tú no entiendes! - le gritó Tío Oso. Nosotros te vamos a tostar en ese fuego ardiente!

—¡Ya sé que ustedes van a tostarme! ¡Ja ja-ja! ¡ja-ja-ja! - contestó Tío Conejo.

—Pero, ¿por qué ríes? —Perdone Tía Zorra, es que ¡ja-ja-ja! es que encontré El Lugar de la Risa ¡Ja ja-ja!

¡El Lugar de la Risa! ¡El Lugar de la Risa! ¿Dónde está El Lugar de la Risa?

—¡Oh, es un lugar secreto que sólo yo conozco. ¡Ja-ja-ja! ¡Ja-ja-ja!

—¡Hum! ¡Un lugar secreto! ¿Dónde está ese lugar? ¡Quiero saberlo ahora mismo! agregó Tío Oso.

—Calma. Tío Oso. Para decirles donde está tengo que ir con ustedes; pero ¿cómo ir si me tienen atado? ¡Ja-ja-ja!

Tía Zorra y Tío Oso hicieron coro a Tío Conejo con sus risas. Su curiosidad iba en

aumento. ¿Dónde estará El Lugar de la Risa?

—Tío Conejo - dijo Tía Zorra -, te soltaremos y te llevaremos atado al cuello a que nos muestres El Lugar de la Risa y después volveremos a alistar nuestra deliciosa cena.

Y así lo hicieron. Amarraron una cuerda al cuello de Tío Conejo y se internaron en el bosque.

Tío Conejo caminaba adelante, danzando y saltando y riéndose mucho. Detrás iban Tía Zorra y Tío Oso sosteniendo la cuerda.

Caminando, caminando se encontraron un árbol con un hueco muy grande en el tronco.

Cuando Tío Conejo lo vio comenzó a reír a carcajadas. ¡Ja-ja-ja! ¡Ja-ja-ja! ¡este es el Lugar de la Risa!

—No veo nada que me haga reír, - dijo Tío Oso.

—Ni yo tampoco, agregó Tía Zorra.

—Ya se reirán ustedes. Acerquense, asómense a ese hueco y metan la cabeza; les aseguro que tendrán el rato más divertido de su vida.

Tío Oso y Tía Zorra hicieron lo que les aconsejó Tío Conejo. De pronto, huyeron espantados. Numerosísimas avispa los picaban y perseguían,

En su carrera se olvidaron de Tío Conejo que entonces sí rió de verdad.

Más tarde, Tío Oso y Tía Zorra vieron de pronto a Tío Conejo muy cerca de ellos. Se quedó mirándoles y les dijo:

—¡Hola, mis buenos amigos! ¡Pasaron un rato divertido! ¿el más divertido de su vida? Conocieron muy bien El Lugar de la Risa! ¡Hasta la vista!



La Vaquita Parda

Eranse en un reino un zar y una zarina que tenían una hija llamada María. Cuando la zarina murió, el zar se casó al poco tiempo con una mujer llamada Yaguichno.

De este segundo matrimonio tuvo tres hijas; la mayor tenía un sólo ojo, la segunda nació con dos ojos, y la tercera; tenía tres ojos.

La madrastra no quería bien a su hijastra María, y un día la vistió con un vestido viejo y sucio, le dio una corteza de pan duro y la envió al campo a apacentar una vaquita parda.

La zarevna condujo a la vaquita a una pradera verde, entró en la vaca por una oreja y salió por la otra, ya comida, bebida, lavada y engalanada. Limpia y arreglada como una zarevna, cuidó todo el día de la vaquita, y cuando el sol se puso, María se quitó su vestido de gala, vistió su traje andrajoso, volvió a casa con la vaquita y guardó el pedazo de pan duro en el cajón de la mesa.

"¿Qué es lo que habrá comido?", pensó la madrastra. Al día siguiente Yaguichno dio a su hijastra la misma corteza de pan duro y la envió a apacentar la vaquita; pero hizo que la acompañase la hija mayor, la que tenía un sólo ojo, a la que antes de marcharse dijo:

—Observa, hija mía, qué es lo que come y bebe María, la cual vuelve saciada sin haber probado el pan que le doy.

Llegadas las muchachas; a la pradera, María dijo a su hermana:

—Ven, hermanita; siéntate a mi lado y apoya tu cabeza sobre mis rodillas, que te voy

a peinar.

Y cuando apoyó la cabeza en sus rodillas, peinándola dijo:

—No mires, hermanita; cierra tu ojito; duerme, hermanita mía, duerme querida.

Cuando la hermana se durmió, María se levantó, se acercó a la vaquita, entró en ella por una oreja, salió por la otra, comió, bebió y bien vestida, y todo el día engalanada como una zarevna cuidó de la vaquita.

Cuando empezó a oscurecer, María se cambió de traje y despertó a su hermana diciéndole:

—Levántate, hermanita; levántate querida; es hora de volver a casa.

"¡Qué lástima! — pensó entre sí la muchacha—. He dormido todo el día, no he visto lo que ha comido y bebido María y ahora no sabré qué decir a mi madre cuando me pregunte."

Apenas llegaron a casa, Yaguichno preguntó a su hija:

—¿Qué es lo que ha comido y bebido María?

—¡Yo no he visto nada, madre! — respondió la hija.

La madre la riñó, y a la mañana siguiente envió a su segunda hija, la que tenía dos ojos.

—Ve, hija mía, y mira bien qué es lo que come y bebe María.

Cuando llegaron al campo María dijo a su hermana:

—Ven aquí; siéntate a mi lado y apoya tu cabeza sobre mis rodillas, que te voy a hacer la trenza.

Y cuando apoyó su cabeza María dijo: —Cierra, hermanita, un ojo; cierra el otro también. Duerme, hermana, duerme, querida mía.

La hermana cerró los ojos y se durmió hasta la noche y, por consiguiente, no pudo ver nada.

El tercer día, Yaguichno envió a su tercera hija, la que tenía tres ojos, diciéndole:

Observa bien qué es lo que come y bebe María Zarevna y cuéntamelo todo.

Llegaron las dos a la pradera para apacentar la vaquita parda, y María dijo a su hermana:

¿Quieres que te peine y te haga las trenzas?

—Házmelas, hermanita.

—Pues siéntate a mi lado y descansa tu cabeza sobre mis rodillas.

Cuando tomó esta postura, María Zarevna pronunció las mismas palabras de siempre:

—Cierra, hermanita, un ojo; cierra el otro también. Duerme, hermana, duerme, querida mía.

Pero olvidó por completo el tercer ojo; así que dos ojos dormían, pero el tercero observaba todo lo que María Zarevna hacía. Esta se arrimó a la vaquita, entró en ella por una oreja y salió por la otra, comida, bebida y bien vestida.

Apenas se escondió el sol, María se cambió de vestido y despertó a su hermana.

—Levántate, hermanita, que ya es hora de volver a casa.

Llegaron a casa y María escondió su corteza seca de pan en el cajón de la mesa.

—¿Qué es lo que ha comido María? — preguntó a su hija la madrastra.

La hija contó a su madre todo lo que había visto; entonces ésta llamó al cocinero y le dio orden de matar inmediatamente la vaquita parda. El cocinero obedeció y María Zarevna le suplicó:

—Abuelito. dame, por lo menos, el rabo de la vaquita.

El viejo se lo dio; ella lo plantó en la tierra, y en poco tiempo creció un arbolito con unos frutos muy dulces, en el que posaban muchos pájaros que cantaban canciones muy bonitas.

Un zarevich llamado Iván, oyendo hablar de las virtudes y belleza de la zarevna María, se presentó un día a la madrastra, y poniendo un gran plato sobre la mesa, le dijo:

—La muchacha que me llene de fruta este plato se casará conmigo.

La madrastra envió a su hija mayor a coger la fruta: pero los pájaros no la dejaban acercarse al árbol y por poco le quitan el único ojo que tenía. Envío a las otras dos hijas; pero éstas tampoco pudieron coger un solo fruto.

Finalmente, fue María Zarevna, y apenas se acercó con el plato al árbol y empezó a coger frutos, los pájaros se pusieron ayudarla, y mientras ella cogía uno, los pajaritos le tiraban al plato dos o tres.

En un momento estuvo el plato lleno. María Zarevna puso entonces el plato obre la mesa e hizo una reverencia al zarevich.

Prepararon la boda, se casaron, tuvieron grandes fiestas y vivieron muchos años muy felices y contentos.



Sapos y Diamantes

Una vez era una viuda que tenía dos hijas. La mayor se le parecía tanto física y moralmente, que era el vivo retrato de su madre. Ambas eran tan orgullosas y antipáticas que no había manera de tratarlas.

La menor, que era la verdadera imagen de su padre, por sus finos modales y su carácter agradable, era también una de las más hermosas doncellas que se han visto. Pero como la gente ama por lo general a sus semejantes, la madre amaba con exceso a la hija mayor, al propio tiempo que detestaba a la otra, haciéndola trabajar continuamente y obligándola a comer en la cocina.

Entre otras cosas, la pobre muchacha había de hacer dos viajes diarios a la fuente, que estaba a milla y media de la casa, para traer un cántaro lleno de agua. Un día, apenas llegó a la fuente, se le acercó una mendiga y le pidió que le diera de beber.

—¡Oh! Con mil amores, señora — contestó la joven. Y en seguida lavó el cantaro, y después de coger agua de la parte más clara de la fuente, se la ofreció, aguantando abocado el recipiente para que la pobre bebiese con más comodidad.

Luego que hubo bebido dijo la mujer:

—Eres tan hermosa, tan cortés y tan buena, hija mía, que no puedo dejar de concederte una gracia.- Porque era una hada que tomó la forma de una pobre campesina para saber cómo andaba de urbanidad y de sentimientos la hermosa doncella.- Te concederé esta gracia — dijo el hada: - a cada palabra que hables saldrá de tu boca una flor o una piedra preciosa.

Al llegar a casa la joven, su madre le reprendió por haber estado tanto tiempo en la

fuelle.

—Ruégote que me perdones, madre — dijo la pobre niña —, si he tardado un poco.

Y mientras hablaba brotaron de su boca dos lindas rosas, dos perlas y dos diamantes.

—¿Cómo es posible? — exclamó la madre, muy sorprendida.— No puede negarse que las perlas y los diamantes han salido de tu boca! ¡Hija mía! ¿Cómo se explica esto?

Era la primera vez que la llamaba "hija mía .

Entonces la hermosa doncella le contó lo que había sucedido en la fuente del bosque y, mientras hablaba iban cayendo perlas y diamantes de su boca.

—Es prodigioso — exclamó la madre.

— Voy a mandar también allí a tu hermana. ¡Fanny, Fanny, ven! ¡Mira lo que cae de la boca de tu hermana cuando habla! ¿No te gustaría que a tí también te otorgasen el mismo don?. No tienes más que ir a la fuente, y cuando una vieja mendiga se te acerque y te pida un poco de agua, ofrécesela con buenos modos.

—¡Oh! — replicó aquella hija mal educada -¡Bonito espectáculo sería verme acarreando agua.

— ¡Pues iras, tunanta -dijo su madre —y en seguida!

Y tuvo que ir, aunque rezongando todo el camino y llevándose la mejor vasija de plata que halló en la casa.

Apenas llegó a la fuente, vio salir del bosque a una señora magníficamente vestida, que se le acercó, pidiéndole de beber. Ya habréis comprendido que se trataba de la misma hada que apareció a su hermana, pero que tomaba el aspecto de una hermosa princesa, para ver hasta donde llegaba la grosería de la muchacha.

—¿Pero te has creído — contestó la joven con todo el orgullo de que era capaz; que he venido aquí a servirte agua? ¿Te figuras que traigo para esto mi hermosa vasija de plata? ¡Pero si tan antojadiza eres, llénala tú misma y bebe!

—No tienes unos modales muy recomendables — dijo el hada sin mostrarse en manera alguna resentida. Bueno, pues; ya que eres tan adusta y poco complaciente, te otorgaré esta gracia: a cada palabra que hables saldrá de tu boca una culebra o un sapo.

Y dicho esto desapareció, y la muchacha volvió a su casa.

En cuanto la madre la vio acercarse gritó:

—¿Qué tal, hija mía?

—¡Poco te importa, madre! — contestó la insolente, y de su boca saltaron dos víboras y dos sapos.

—¡Horror! —exclamó la madre- ¿Qué es lo que veo? ¡Ah! ¡Tu hermana es la maldita causante de todo! ¡Pero lo pagará!

Y cogiendo un bastón fue a poner en obra su amenaza. Pero la pobre joven que lo había oído todo, huyó de casa corriendo y fue a esconderse entre los árboles del bosque.

El hijo del Rey que regresaba, de una cacería, al castillo, pasó casualmente a caballo por el lugar en que ella estaba escondida y descubriendo entre matorrales a tan singular belleza, le preguntó qué hacía allí y cuál era la causa de su llanto.

—¡Ah! ¡Señor! —contestó ella —Mí madre me ha obligado a huir de casa.

Y mientras hablaba, el hijo del Rey, que se había prendado de su belleza, vio las perlas y diamantes que caían de su boca.

Manifestó deseos de saber toda la historia y, cuando ella se la hubo contado, la subió a la cabalgadura y se la llevó al palacio del Rey su padre, donde poco tiempo después se casaron y vivieron muy felices el resto de su vida.



El Campesino, el Oso y la Zorra

Un día un campesino estaba labrando su campo, cuando se acercó a él un Oso y le gritó:

—¡Campesino, te voy a matar!

—¡No me mates! — suplicó éste — yo sembraré los nabos y luego, cuando los coseche, los repartiremos entre los dos, yo me quedaré con las raíces y te daré las hojas.

Consintió el Oso y se marchó al bosque.

Pasó el tiempo y llegó la época de la recolección. El Campesino empezó a escarbar la tierra y a sacar los nabos, y el Oso vino al bosque para recibir su parte.

—¡Hola, Campesino! Ha llegado ya el tiempo de recoger la cosecha y de cumplir tu promesa —le dijo el Oso.

—Con mucho gusto, amigo, — le contestó el Campesino- Si quieres, yo mismo te llevaré tu parte.

Y después de haber recogido todo, llevó al bosque un carro cargado de hojas de nabo para el Oso. Este quedó muy satisfecho de lo que consideraba un honrado reparto.

Al día siguiente el Campesino cargó su carro con los nabos y se dirigió a la ciudad vecina para venderlos; pero en el camino tropezó con el Oso, que le dijo:

—¡Hola. Campesino! ¿A dónde vas?

—Pues, amigo — le contestó el Campesino — voy a la ciudad a vender las raíces de los nabos.

—Muy bien, pero déjame probar qué tal saben — dijo el Oso.

No hubo más remedio que darle un nabo para que lo probase. Apenas el Oso acabó de comerlo, rugió furioso:

—¡Ah miserable! ¡Cómo me has engañado! ¡Las raíces saben mucho mejor que las hojas! Cuando siembres otra vez, me darás las raíces y tú te quedarás con las hojas.

—Bien— contestó el Campesino.

Pero en vez de sembrar nabos, sembró trigo.

Pasó el tiempo y llegó la época de la recolección. Tomó para sí las espigas, las desgranó, las molió y de la harina amasó y coció ricos panes, mientras que al Oso le dio las raíces del trigo.

Viendo el Oso que de nuevo el Campesino se había burlado de él, rugió:

—¡Campesino! ¡Estoy muy enojado contigo! ¡No te atrevas a ir al bosque por leña, porque te mataré en cuanto te vea!

El Campesino volvió a su casa, y a pesar de que la leña le hacía mucha falta no se atrevió a ir al bosque por ella; consumió la madera de los bancos y de todos sus toneles; pero al fin no le quedó más remedio que ir al bosque.

Entró silenciosamente en él y salió a su encuentro una Zorra.

—¿Qué te pasa? — le preguntó ésta —¿Por qué andas tan despacito?

—Tengo miedo de encontrar al Oso. que se ha enfadado conmigo, amenazándome con matarme si me atrevo a entrar en el bosque.

—No te apures, yo te salvaré: pero dime lo que me darás en cambio.

El Campesino hizo una reverencia a la Zorra y le dijo:

—No seré avaro; si me ayudas, te daré una docena de gallinas.

—Conforme — dijo la Zorra —No temas al Oso; corta la leña que quieras y mientras tanto yo daré gritos fingiendo que han venido cazadores. Si el Oso llega a preguntarte qué significa ese ruido dile que corren cazadores por el bosque, persiguiendo a los

Lobos y a los Osos.

El Campesino se puso a cortar leña y pronto llegó el Oso corriendo a todo correr.

—¡Eh, viejo amigo! ¿Qué significan esos gritos? — le preguntó el Oso.

Son los cazadores que persiguen a los Lobos y a los Osos.

—¡Oh, amigo! ¡No me denuncies a ellos! Protégeme debajo de tu carro — le suplicó el Oso asustado.

Entre tanto la Zorra, que gritaba escondiéndose detrás de los zarzales, preguntó:

—¡Hola, Campesino! ¿Has visto por aquí a algún Oso?

—No he visto nada — dijo el Campesino.

—¿Qué es lo que tienes debajo del carro?

—Es un tronco de un árbol.

—Si fuese un tronco no estaría debajo del carro, sino en él y atado con una cuerda.

Entonces el Oso dijo en voz baja al Campesino:

—Pónme lo más pronto posible en el carro y átame con una cuerda.

El Campesino no se lo hizo repetir. Puso al Oso en el carro, lo ató con una cuerda y empezó a darle golpes en la cabeza con el hacha hasta que lo mató.

Pronto acudió la Zorra y dijo al Campesino:

—¿Dónde está el Oso?

—Ya está muerto.

—Está bien. Ahora, amigo mío, tienes que cumplir lo que me prometiste.

—Con mucho gusto, amiguita; vamos a mi casa y allí te daré las gallinas.

Al acercarse a su cabaña el Campesino silbó a sus perros azuzándolo para que cogieran a la Zorra. Esta echó a correr hacia el bosque y una vez allí se escondió en su cueva. Después de tomar aliento empezó a preguntar:

—¡Hola, mis ojos! ¿Qué habéis hecho mientras corría?

—¡Hemos mirado el campo para que no diceses un tropezón!

—¿Y vosotros, mis oídos?

—Hemos escuchado si los perros se iban acercando.

—¿Y vosotros mis pies?

—Hemos corrido a todo correr para que no te alcanzaran los perros.

—¿Y tú rabo, ¿qué has hecho?

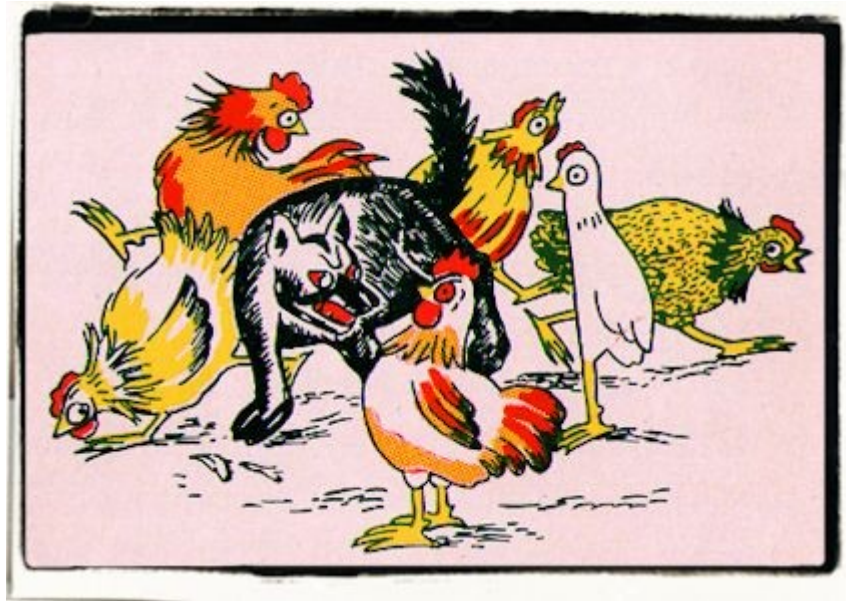
-Yo — dijo el rabo —me metía entre tus piernas para que tropezases conmigo, te cayeras y los perros te mordiesen con sus dientes.

—¡Ah canalla! — gritó la Zorra — pues recibirás lo que mereces! —y sacando el rabo fuera de la cueva, exclamó:

—¡Comedlo, perros!

Estos cogieron con sus dientes el rabo, tiraron, sacaron a la Zorra de su cueva y la hicieron mil pedazos.

Y desde entonces, el Campesino vive feliz, labrando su campo.



El Medio-pollo

"Para saber y contar y contar para saber. Estera y esterita para secar peritas; estera y esterones para secar orejones".

Erase una gallinita muy buena ponedora y muy buena sacadora. Una vez puso veinte huevos, se echó sobre ellos y cuando se levantó, tenía 19 pollitos. Muy afligida por haber perdido un huevo, se dijo: "Si vuelvo a echarme más tiempo sobre este huevo que me queda, seguramente saldrá un medio pollo".

Y así sucedió. Del huevo salió un medio pollo, que la gallinita crió y a quien quería más que a ningún otro hijo, ya que éste no podía volar ni correr, porque no tenía sino una ala y una pata. Andaba a saltitos.

Pero creció como los demás el Medio-Pollo, y un día le dijo a la gallinita, que se estaba poniendo medio vieja.

—Mamita, écheme la bendición porque me voy a correr tierras.

La gallinita le echó su bendición y se quedó llorando, porque lo quería mucho. El Medio-Pollo salió, pues, a rodar tierras, a saltitos, a saltitos, porque no tenía más que una patita.

Muchos y largos días anduvo el Medio-Pollo sin encontrar trabajo. Y he aquí que de repente, un día que escarbaba un montón de hojas secas en busca de su comida se encontró una naranjita de oro. ¡Que gusto que le dio! La escondió debajo de su ala y se dijo: —Si le llevo al rey esta naranjita de oro, seguramente me dará mucho trigo para mi mamita.

Y sin más ni más, se encaminó a saltitos, para el palacio del rey.

Después de mucho andar se encontró con un arriero que traía una recua enorme de mulas.

—¿Adonde vas, arrierito? — le preguntó.

—Iba donde el rey — contestó el arriero — pero me he vuelto, porque el río trae mucha agua y no me atrevo a cruzarlo.

—Yo también voy a ve al rey — dijo el Medio-pollo — y no me asusta el río.

El arriero preguntó:

—¿Quieres llevarme contigo?

—¡Bueno! — contestó Medio-pollo.

Métete en mi buchecito y tráncate con un palito.

Entonces el arriero con todas sus mulas se metió en el buche de Medio-pollo.

Siguió su camino el Medio-pollo y llegó al río. Este traía mucha agua y era muy ancho. El Medio-pollo se paró en la orilla y pensó: "¿Qué haré? No puedo volar, porque no tengo más que una ala. Lo mejor será que me tome toda el agua". Y de un sorbo se tomó el río, lo dejó guardado en su buche y continuó su camino.

Anda que andarás se encontró con un tigre, que estaba sentado en una piedra.

—¿Qué haces ahí, compadre Tigre? — le preguntó.

Tengo que ir donde el rey — contestó éste, pero no puedo andar más de cansado.

¿Por qué no me llevas tú?

—Bueno — le dijo el Medio-pollo.

Métete en mi buchecito y tráncate con un palito.

Y el tigre se metió en el el buche de Medio pollo. Siguió su camino éste, y después de mucho andar, se encontró con un león, que estaba echado al lado del camino.

—¿Qué haces ahí, compadre León? — le preguntó.

—¡Qué he de hacer, Medio-pollo! le contestó el león-. Estoy muy cansado y tengo

que ir donde el rey. ¿Quieres llevarme tú?

—Bueno — le dijo el Medio-pollo.

Métete en mi buhecito y tráncate con un palito.

Y siguió el Medio-pollo su camino con el León dentro del buche.

Pero todavía le quedaba mucho camino que recorrer, y así fue que después de muchas horas de andar, se encontró con una Zorra, que estaba durmiendo debajo de unos árboles.

—¿Qué haces ahí, comadre Zorra? — le dijo.

—¡Estoy medio muerta e hambre! —contestó ésta. Hace ya muchos días que no encuentro ni un racimo de uvas para comer.

—Yo voy donde el rey — dijo el Medio pollo — y si quieres te llevaré conmigo. Pueda ser que allá encuentres qué comer.

Aceptó la Zorra y el Medio-pollo la metió en su buche.

Por fin el Medio-pollo llegó a presencia del rey.

Y dijo:

—Mi Rey, mi señor, aquí he venido desde muy lejos a traerle a su Majestad esta naranjita de oro, que es un regalo mío.

Muy contento quedó el Rey con el regalo de Medio-pollo y mandó a sus pajes que lo llevaran al gallinero y que le dieran hartos trigo, grana y maíz.

Pero cuando dejaron al Medio-pollo en el gallinero, todos los gallos, gallinas y pavos se fueron encima de él y comenzaron a picarlo. ¡Qué apurado que estaba el Medio-pollito! Cuando entonces se acordó de la Zorra, abrió su pico y la dejó salir. Y en menos que canta un gallo, la Zorra, que tenía mucha hambre, no dejó en el gallinero, ni una gallina, ni un gallo, ni un pavo. En seguida se arrancó para la Cordillera.

Cuando al otro día fueron los pajes al gallinero se encontraron al Medio-pollo solito. Enojadísimos fueron donde el Rey.

—Señor, el Medio-pollo se ha comido todas las aves, y no ha dejado una ni para remedio.

—¿Y qué hacemos con él? — dijo el Rey.— Yo no lo puedo matar porque me ha

traído un regalo.

Entonces un paje dijo:

—Si a su Majestad le parece, lo echaremos al potrero junto con los caballos, a ver si éstos lo matan a patadas.

Y lo echaron al potrero.

¡Qué susto se llevó el pobrecito Medio-pollo cuando se vio entre las patas de tantos caballos! Pero entonces se acordó del león; abrió su pico y lo echó afuera. En un momento solamente, el león se comió todos los caballos. En seguida se arrancó para la Cordillera.

Cuando al día siguiente los pajes fueron al potrero encontraron al Medio-pollo solito, arrimado a un árbol y cantando alegremente.

Desesperados corrieron donde el Rey y le contaron que el Medio-pollo se había comido todos los caballos. Este quedó sumamente admirado, pero dijo:

—Yo no puedo matar al Medio-pollo que me ha traído una naranja de oro de regalo. Ustedes sabrán lo que hacen con él, pero yo les prohibo que lo maten.

—Entonces un paje dijo:

—Si Su Majestad quiere lo echamos al corral de las vacas y seguramente ahí lo matan.

Nada contestó el Rey y entonces cogieron al Medio-pollo y lo echaron al corral de las vacas.

Pero no bien se vio entre tantas vacas que se peleaban por pisarlo y cornearlo, el Medio-pollo abrió el pico y soltó de su buche al Tigre. Este salió hecho una fiera y en un amén se comió las vacas.

En seguida arrancó para la Cordillera.

Cuando al día siguiente los pajes fueron al corral y vieron que no quedaba una vaca ni para remedio, casi mueren de rabia. Y más todavía cuando vieron al Medio-pollo que encaramado en una rama se reía de ellos cantando: ; quí-quí-rí-quí! quí-qui-rí-quí!

Rabiosos corrieron donde el rey.

—¡Señor! — le dijeron — hay que matar al Medio-pollo. ¡Ahora se ha comido todas

las vacas!

—¿Y cómo lo voy a matar — dijo el rey —, cuando me la regalado una naranja de oro? Ya he prohibido que lo maten.

—Bueno, Su Majestad — dijo el paje mayor — no lo matamos. Pero lo vamos a echar al horno del pan para que se ase al rescoldo, porque si no éste Medio-pollo nos va a comer a todos.

Entonces lo echaron al horno caliente y el pobre Medio-pilo creyó que había llegado su fin. Pero, cuando ya se estaba chamuscando se acordó del río, y abriendo su pico, lo soltó del buche.

El río salió como un torrente; apagó el fuego y ahogó a todos los pajes que cuidaban el horno.

Entonces el Medio-pollo fue donde el Rey y le dijo:

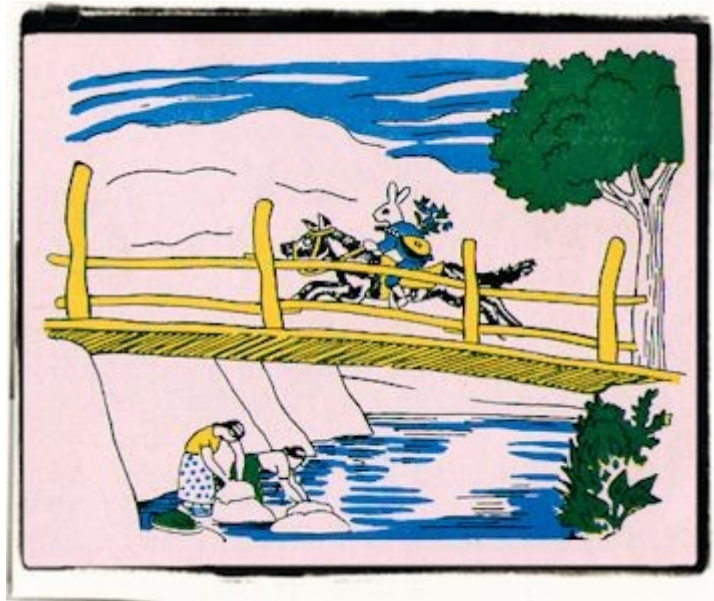
—Sí su Majestad me da permiso me voy para mi tierra, porque quiero ver a mi mamita.

Consintió el rey y queriendo pagar su regalo al Medio-pollo, ordenó a su mayordomo que le diera tanto trigo como éste pudiera llevar.

Pero el Medio-pollo se acordó del arriero y sus mulas y abriendo el pico lo sacó de su buche y cargaron todo el trigo del rey, y aún faltó y hubo que completar la carga con maíz.

Cuando llegaron a su tierra, el Arriero y el Medio-pollo se repartieron como hermanos. Hicieron dos pilas iguales y cada uno tomó la suya.

¡Qué contenta se puso la gallinita de ver a su Medio-pollo! y ya nunquita más tuvo que trabajar.



Tía Zorra sirve de caballo a Tío Conejo

Tía Ganza invitó a su cumpleaños a todos los animales que vivían en la vecindad.

Alistaron sus vestidos más lindos porque querían presentarse muy bien y además, comportarse como niños educados: no ladrar, no gruñir, no morder, no arañar.

El día de la fiesta saltó Tío Conejo de la cama muy de mañana. Cepilló su pelo, de la cabeza a los pies, cepilló su cola y sus orejas y rizó sus bigotes.

Mirándose al espejo, guiñó un ojo diciéndose: seré el primero de la fiesta.

Se puso el sombrero, y cuando iba a abrir la puerta, oyó ruido de hojas.

¡Hmm! dijo parando las orejas, y entreabriendo la ventana miró. Ahí cerca vio moviéndose la cola de Tía Zorra.

Tío Conejo pensó: — Tía Zorra viene a buscarme para hacerme daño porque está celosa pues sabe que seré el primero: tan cierto es lo que pienso, como que me llamo Tío Conejo.

Se quedó pensando, y luego comenzó a quejarse.

—¡A-a-a-a-ay! - ¡A-a-a-a-ay! - ¡Estoy muy enfermo! ¡Me siento muy mal!

Tía Zorra escuchó. ¿Cómo? Tío Conejo está enfermo? ¿Y mi plan? Tocó la puerta: toe, toe.

—¡A-a-a-a-ay! ¡A-a-a-a-ay! ¿Quién llama a mi puerta?

—Tía Zorra, tu buena amiga que viene a llevarte a la fiesta.

—Gracias, Tía Zorra. Estoy muy mal, no puedo ir.

—Vamos Tío Conejo, pronto estarás bien.

—¡Oh, no! Ye estoy muy enfermo. ¡A-a-a-ay!

Tía Zorra no sabía qué hacer. Caminaba de un lado para el otro pensando ... Me lo llevaré y cuando estemos en el puente lo arrojaré al río. Como está tan enfermo se ahogará en un decir amén. Ahora tengo que hacerlo salir de su asa.

Tocó la puerta, otra vez: toe, toe. Con mucha dulzura dijo:

—Tío Conejo, la fiesta no estará alegre si tú no vienes.

Recuerda que te esperan Tía Ganza y sus amigos.

—Pero no puedo ir, no puedo ni caminar, me siento tan mal.

Eso no importa,, porque te llevaré en mis brazos.

—No, me da mucho miedo, me dejarás caer.

—No te dejaré caer, pero si tienes miedo, te llevaré sobre mí espalda.

—Gracias, Tía Zorra. Siempre tengo miedo. Soy un conejito muy enfermo y me puedo caer. Te acompañaré si te pones una montura, porque sé montar sólo caballos ensillados.

A Tía Zorra no le agradó la idea de ser caballo para Tío Conejo, pero no había otro medio de llevarlo.

—Tío Conejo, me pondré una silla de montar y te llevaré, pero eso sí, hasta medio puente, de ahí seguirás con tus pies.

—Bien, te lo agradezco. Tal vez cuando lleguemos al puente me sienta mejor. Corrió Tía Zorra a ensillarse, y mientras tanto buscó Tío Conejo un par de espuelas, cogió un ramo de flores, tomó su banjo y se envolvió en una cobija de franela.

Cuando oyó venir a Tía Zorra galopando salió a la puerta. Ahí venía como un caballito de circo.

—Deja esa cobija y ven a montarte. —No quiero dejarla porque estoy temblando y

puedo pescar un resfriado. Y de un salto Tío Conejo se montó en Tía Zorra. Y antes de que caminara, le dijo:

—Camina despacio, piensa que estoy muy enfermo y que si corres puedo morir en el camino.

-Descuida, que caminaré con paso fino. Ya se hacía largo el camino cuando vieron el río a lo lejos. Pocos minutos después llegaron al puente.

En medio puente Tía Zorra dijo: —Hemos llegado.

—Espérame un momento, agregó Tío Conejo, y rápidamente se colocó las espuelas.

En el instante en que Tía Zorra fue a inclinarse para arrojar al conejito al agua sintió las espuelas en su cuerpo y oyó los gritos de Tío Conejo:

—¡Arre caballito! ¡Arre! ¡A llegar a tiempo a la fiesta!

Tía Zorra no pudo hacer más que trotar y trotar porque las punzadas de las espuelas le eran muy dolorosas.

Tío Conejo iba muy alegre, con el sombrero en la mano, gritando: ¡güipipía! ¡güipipía!

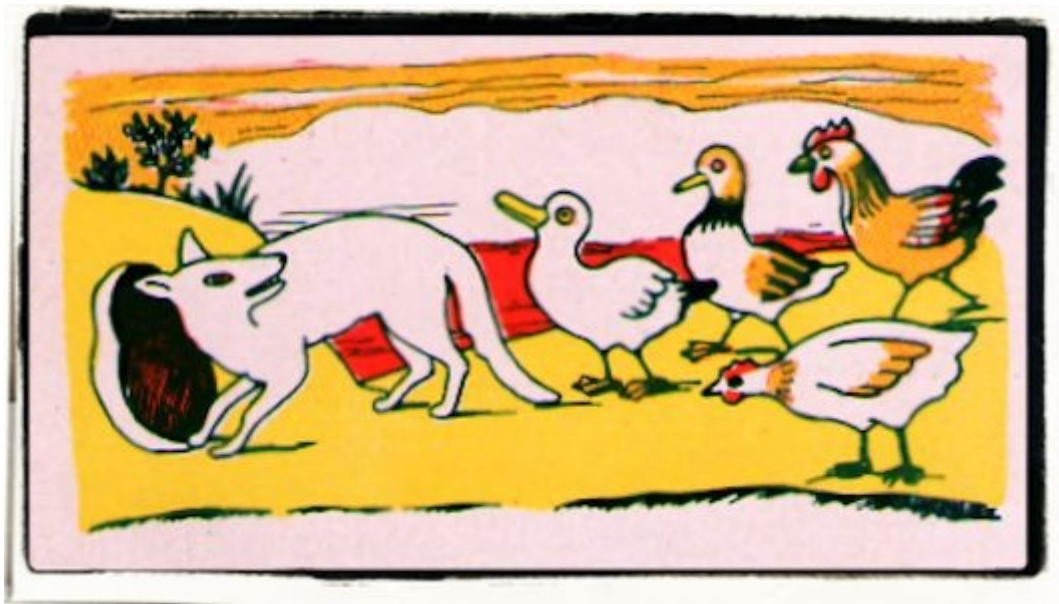
Cuando se acercaban a la casa de Tía Ganza los animales que los vieron venir exclamaron: ¡Vean a Tío Conejo montado en Tía Zorra! ¡Bravo Tío Conejo!

Bajó Tío Conejo de su cabalgadura, saludó con una reverencia, obsequió el ramo de flores a Tía Ganza, y dirigiéndose a los animales les dijo:

Excúsenme un momentito, mientras ato mí caballo.

Luego vino a sentarse entre los animales que lo recibieron con muestras de admiración, y tomando su banjo entonó este canto:

*Aquí vine señores,
en un caballo fino,
en Tía Zorra montado,
no he sentido el camino.
Tra la la la
que buen caballo tengo,
tra la la la
que buen jinete soy.*



Gallina Fina

Un día Gallina Fina estaba en la era picando el trigo, cuando... ¡zas! cayó algo que le dio en la cresta.

—¡Dios nos asista! — exclamó Gallina

Fina. El cielo va a desplomarse. He de ir a decírselo al Rey.

Emprendió la marcha y al cabo de un rato encontró a Gallo Caballo.

—Buenos días Gallo Caballo — le dijo.

—Buenos días Gallina Fina — contestó Gallo Caballo. ¿A dónde te diriges tan temprano?

—Voy a decirle al Rey que el cielo amenaza ruina — dijo Gallina Fina.

—¿Quieres que te acompañe? — preguntó Gallo Caballo.

—Te lo agradecería contestó Gallina Fina.

Y Gallina Fina y Gallo Caballo fueron juntos a decir al Rey que el cielo amenazaba ruina. Anda que andarás, anda que andarás, encontraron a Pato Zapato.

—¿A dónde es la marcha, Gallina Fina-y Gallo Caballo? — preguntó Pato Zapato.

—¡Oh! Vamos a decir al Rey que el cielo amenaza ruina — contestaron Gallina Fina y Gallo Caballo.

—¿Queréis que os acompañe? — dijo Pato Zapato.

—Con mucho gusto — dijeron Gallina Fina y Gallo Caballo.

Y Gallina Fina, Gallo Caballo y Pato Zapato fueron juntos a decir al Rey que el cielo amenazaba ruina. Anda que andará, anda que andará, encontraron a Oca bicoca.

—¿Adonde es la marcha. Gallina Fina, Gallo Caballo y Pato Zapato? — preguntó Oca-bicoca.

—¡Oh! Vamos a decir al Rey que el cielo amenaza ruina — contestaron Gallina Fina, Gallo Caballo y Pato Zapato.

—¿Queréis que os acompañe? — dijo Oca-bicoca.

—Con mucho gusto — dijeron Gallina Fina, Gallo Caballo y Pato Zapato.

Y Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato y Oca-bicoca fueron a decir al Rey que el cielo amenazaba ruina. Anda que andará, anda que andará, encontraron al Pavo-centavo.

—¿Adonde es la marcha, Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato y Oca-bicoca? — preguntó Pavo-centavo.

—¡Oh! Vamos a decir al Rey que el cielo amenaza ruina — contestaron Gallina Fina, Gallo Caballo' Pato Zapato y Oca-bicoca.

—¿Queréis que os acompañe? — dijo Pavo-centavo.

—Con mucho gusto — dijeron Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato y Oca-bicoca.

—Y Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato, Oca-bicoca y Pavo-centavo fueron juntos a decir al Rey que el cielo amenazaba ruina. Anda que andará, anda que andará, encontraron a Vulpeja-vieja.

—¿Adonde os dirigís tan temprano. Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato. Oca-bicoca y Pavo-centavo? — preguntó Vulpeja-vieja.

A lo que contestaron Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato, Oca-bicoca y Pavo-centavo que iban a decir al Rey que el cielo amenazaba ruina.

¡Bah! ¡Pero si no es este el camino que conduce al palacio del Rey, Gallina Fina, Gallo Caballo. Pato Zapato. Oca-bicoca y Pavo-centavo! — dijo Vulpeja Vieja. Yo sé

el camino. ¿Queréis que os lo enseñe?

—Te lo agradeceríamos mucho Vulpeja-vieja — dijeron Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato, Oca-bicoca y Pavo-centavo.

Y Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato, Oca-bicoca, Pavo-centavo y Vulpeja-vieja fueron juntos a decir al Rey que el cielo amenazaba ruina. Anda que andarás, anda que andarás, llegaron por fin ante un agujero oscuro y angosto.

Era la entrada a la madriguera de Vulpeja-vieja. Pero ésta dijo a Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato. Oca-bicoca y Pavo-centavo:

—Esto es un atajo que lleva al palacio del Rey. Llegaréis en seguida, si queréis seguirme. Yo entraré primero y después vosotros, Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato, Oca-bicoca -y Pavo-centavo.

—¡Oh! con mucho gusto — dijeron Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato, Oca-bicoca y Pavo-centavo.

Así, pues, Vulpeja-vieja entró la primera en su madriguera, pero no se alejó mucho, sino que dio media vuelta y esperó qué entrasen detrás de ella Gallina Fina, Gallo Caballo, Pato Zapato, Oca-bicoca y Pavo-centavo. El primero que entró fue Pavo-centavo, y apenas estuvo adentro, cuando "¡Ras!", Vulpeja-vieja le cortó el cuello. Después entró Oca-bicoca, y... "¡Ras!", Vulpeja-vieja le cortó el cuello y tiró el cadáver al lado de Pavo-centavo. Después entró Pato Zapato, y... "¡Ras!", fuera cabeza, y su cuerpo a formar montón con los de Pavo-centavo y Oca-bicoca. Y después entró Gallo Caballo, y... "¡Ras!" Vulpeja-vieja le dio una dentellada; pero para cortar la cabeza de Gallo Caballo se necesitaban dos mordiscos y, antes de recibir el segundo, Gallo Caballo pudo avisar a Gallina Fina, la cual dio media vuelta y escapó corriendo con toda la rapidez que sus patas le permitían, sin que le quedaran más ganas de decir al Rey que el cielo amenazaba ruina.



El Gato con Botas

Un molinero repartió sus bienes antes de morir entre sus tres hijos. Pronto estuvo hecho el reparto, pues sólo tenía un molino, un asno y un gato; de modo que ni hizo testamento ni llamó al notario, que a buen seguro se hubiera llevado la mejor parte de su escaso patrimonio. Al mayor de sus hijos le dejó el molino, al segundo, el asno, y el tercero hubo de conformarse con el gato, aunque a regañadientes. "Mis hermanos — decía — podrán ganarse la vida honradamente si saben avenirse; pero a mí, después de matar el gato, comérmelo y hacer una zamarra con la piel, que por cierto me vendría muy estrecha, no me quedará más recurso que morirme de hambre".

El gato, que oyó el monólogo del joven, se le puso delante y, mirándole con aire de persona formal e inteligente, le dijo:

—Amo mío, creo que os valdría más no matarme, porque os puedo ser más útil estando vivo.

—¿Cómo así? — preguntó su amo. —No tenéis más que darme un saco y un par de botas como las que usan los señores que van a cazar, y ya veréis cómo no tenéis tantos motivos para quejaros.

Aunque el joven molinero no ponía mucha fe en las palabras del gato, pensó que ya era bastante sorprendente que un gato hablase, y eran tantas las habilidades que le había visto desplegar para cazar ratas y ratones, que no le pareció del todo descabellado tener en él un poco más de confianza, tanto más cuanto, pobre como era, no tenía a nadie más en quien confiar.

Cuando el gato recibió las botas se las calzó dándose aires de importancia, y echándose el saco a la espalda y las ataduras al cuello, se encaminó, resuelto, a un

coto cercano que conocía muy bien. Puso un poco de salvado y unas cuantas lechugas dentro del saco y, tumbado como si estuviera muerto, esperó que algún conejo tierno y poco experimentado se metiera en el saco para comerse lo que dentro había. No tardó mucho en ver satisfechos sus deseos, pues en todos los cotos abundan los conejitos necios, y cuando un atolondrado de éstos, gordo y lucido, se metió en el saco, micer Miz tiró de las cuerdas y lo cogió en la trampa. En seguida lo mató sin misericordia. Luego, orgulloso de su presa, se dirigió al palacio y pidió permiso para hablar con el Rey. Lo condujeron a las habitaciones de Su Majestad, donde, después de hacer una profunda reverencia, dijo:

—Señor, he aquí un magnífico conejo del coto de mi señor el marqués de Carabas, que me ha encargado ofreceros humildemente de su parte.

—Di a tu amo — contestó el Rey — que acepto su obsequio y le quedo muy agradecido.

Otra vez, Miz fue a esconderse con su saco en un campo de trigo y cogió dos hermosas perdices de la misma manera que al conejo. Cuando las presentó al Rey con el mismo mensaje, Su Majestad se mostró tan contento, que ordenó que se llevasen al gato a la cocina y le dieran algo de comer y de beber.

Un día, enterado de que el Rey saldría a pasearse por la orilla del río con su hija, que era la princesa más hermosa del mundo, Miz dijo a su amo:

—Señor, si queréis seguir mi consejo teméis la fortuna asegurada. Lo único que habéis de hacer es ir a bañaros al río en el lugar (que yo os indicaré, y lo demás corre de mi cuenta. Tened sólo presente que ya no sos el hijo del molinero, sino mi señor el marqués de Carabas.

El hijo del molinero aceptó, no porque tuviera fe en la promesa del gato, sino para ver que pasaría. Y mientras se estaba bañando, he aquí que el Rey y toda la corte, que pasaban por allí cerca, se asustaron mucho oyendo gritar a voz en cuello:

—¡Socorro! ¡Socorro! Qué se ahoga mi señor, el marqués de Carabas!

El Rey sacó la cabeza por la ventanilla de la carroza y no vio a nadie más que al gato que varias veces le había traído obsequios de caza; pero ordenó a sus criados que corriesen en auxilio de "mi señor el marqués de Carabas". Mientras aquéllos sacaban del agua al desgraciado marqués, el gato se acercó a la carroza del Rey y después de profundos saludos, contó la larga y conmovedora historia de unos ladrones, que, mientras su amo se estaba bañando, le habían robado la ropa, de modo que le sería imposible presentarse ante Su Majestad y la ilustre princesa.

-¡Ah! Pronto estará eso remediado — contestó el Rey —. E inmediatamente ordenó a uno de los oficiales que fuera a toda velocidad al palacio y trajese uno de sus mejores

vestidos para el joven caballero, que esperó escondido entre la hierba de la ribera. Cuando estuvo vestido, ofrecía un aspecto tan distinguido y elegante como si hubiera sido marqués toda su vida, y con aires de respetuosa y fácil cortesía se acercó a dar las gracias a Su Majestad.

El Rey lo recibió gentilmente y la princesa lo contempló con ojos de admiración. Tan encantador le pareció, que persuadió a su padre a que lo invitase a subir con ellos a la carroza, a lo que, podéis estar seguros, no se negó el joven.

El gato estaba loco de contento, al ver que sus planes marchaban tan bien, y con aquella alegría se adelantó a la carroza, tomándole mucha ventaja. Anda que andarás, encontró a unos campesinos que trabajaban en un prado.

—Buenas gentes — les dijo en tono firme — el Rey va a pasar muy pronto por aquí y sí no le decís que este campo es de mí señor el marqués de Carabas, os mandará trincar a todos hasta dejaros como picadillo.

Así, pues, cuando el Rey pasó y preguntó de quién eran aquellos prados donde crecía un heno tan hermoso, los campesinos contestaron a una y con voz que temblaba de susto que pertenecían a mí señor el marqués de Carabas.

—Poseéis unas tierras magníficas, Marqués — dijo Su Majestad al hijo del molinero.

-Sí, señor; no es un mal prado; ya veis que grande.

Luego llegó el gato a un campo de trigo donde los campesinos estaban segando con toda su alma. Se les acercó y les dijo:

—Hoy pasará el Rey y si no decís que este campo de trigo pertenece a mi señor, el marqués de Carabas, os hará capolar a todos hasta convertirlos en picadillo.

Los segadores, temblando de miedo, dijeron lo que les habían dictado, y el Rey felicitó al Marqués por poseer tan hermoso campo de trigo y por la excelente cosecha que le daba.

Siguieron andando y el gato, que iba delante, decía lo mismo a todos los que encontraba, de modo que, según informe de los campesinos, toda la comarca pertenecía a "mí señor", y el mismo Rey se quedó maravillado de la gran hacienda de mi señor el marqués de Carabas.

Y he aquí que el gato llegó a un gran castillo habitado por un gran ogro a quien pertenecían en realidad todas las tierras por donde el Rey acababa de pasar. Era un señor despótico y cruel que tenía terriblemente atemorizados a todos sus criados y arrendatarios, y esto explica que estuvieran dispuestos a decir lo que les mandó el gato que dijese, el cual se había tomado la molestia de informarse de todo lo del

ogro. Adoptando, pues, un aire de circunstancias, Miz subió la cuesta empinada del castillo con sus botas de campo y manifestó deseos de ver al dueño, diciendo que iba de viaje, pero que no le había parecido correcto pasar tan cerca del castillo de tan noble señor sin entrar a ofrecerle sus respetos. Cuando así se lo anunciaron al ogro, éste salió a la puerta a recibir al viajero con la cortesía de que es capaz un ogro, y le rogó que entrase a descansar.

-Gracias, señor - dijo el gato —; pero antes, espero que tendréis la bondad de satisfacer la curiosidad de un viajero. En países lejanos ha llegado a mis oídos la fama de las extraordinarias dotes que vuestra persona atesora, y especialmente de la virtud que tenéis para transformaros a voluntad en una bestia o en una fiera, como por ejemplo. un león o un elefante.

-No os han dicho más que la verdad — contestó el ogro, — y para que no os quede la menor duda, ahora mismo me convertiré en un león.

Así lo hizo, y el gato se espantó tanto, que saltó al tejado y se escondió en el canalón, medida un poco peligrosa a causa de las botas, que no eran lo bastante apropiadas para andar por las tejas. Por fin, viendo que el ogro había vuelto a su forma primitiva, bajó disimuladamente del tejado y confesó que había pasado mucho miedo.

- Pero, señor — dijo —, eso de transformarse en un animal de gran tamaño debe ser cosa fácil para un caballero tan corpulento como vos. Supongo que no os podréis convertir en un animalito, en rata o ratón, por ejemplo. Me han asegurado que sí, que podéis; mas, por mí parte, lo creo imposible.

-¿Imposible? — gritó el ogro, con indignación. — ¡Ahora vais a ver!

E inmediatamente desapareció el ogro a la vista del gato, que no vio más que un ratón que corría por el suelo.

No esperaba otra cosa para hacer lo que cualquier gato hubiera hecho en igualdad de circunstancias: saltó sobre el ratón y se lo comió en un instante. Ya no se habló más del ogro.

Entre tanto, el Rey pasaba por delante del castillo y le asaltaron unos deseos irresistibles de visitarlo. Al oír el gato el ruido de las ruedas de la carroza, corrió a su encuentro, y desde la puerta saludó gritando:

—¡Bienvenido, señor, al castillo de mi señor el marqués de Carabas!

—¡Cómo! — exclamó Su Majestad—. ¿También el castillo es vuestro? En verdad, Marqués, que habéis sabido guardar el secreto hasta última hora. No he visto nada tan espléndido como este patio y estas construcciones. En todos mis dominios no tengo nada que se le pueda comparar.

El Marqués ayudó a la Princesa a bajar de la carroza sin decir palabra y apartando para que el Rey pasara delante, pues había adquirido todas las maneras cortesanas, siguió a Su Majestad hasta una gran sala donde esperaba un magnífico almuerzo que habían preparado para el ogro y algunos amigos que tenía invitados. Sin perder tiempo, se sentaron a la mesa.

Encantado el Rey de las excelentes prendas del marqués de Carabas así como de la calidad de su vino, del que ya llevaba bebido seis o siete copas, dijo inclinándose sobre la mesa hacia donde el hijo del molinero y su hija estaban enfrascados en íntima conversación.

—De vos dependerá, Marqués, si queréis ser mi yerno.

-Me consideraré excesivamente dichoso — contestó el marqués, mientras la Princesa declaraba lo mismo con los ojos.

Al día siguiente se casaban, entrando en posesión del castillo y de toda la hacienda que pertenecía al ogro.

En cuanto al gato, se convirtió en un personaje de importancia y ya no tuvo necesidad de correr detrás de las ratas, salvo cuando quería divertirse.



La Cenicienta

Una vez era un buen caballero que se casó en segundas nupcias con la señora más orgullosa y antipática de toda la comarca, la cual tenía dos hijas que se parecían en todo a su madre. El marido tenía una hija de menor edad que se parecía a su madre ya fallecida y que fue la mujer más buena del mundo. Apenas celebrado el segundo matrimonio, la madrastra empezó a sentir celos de las buenas cualidades de la joven que tanto contrastaban con las de sus dos hijas y cargó sobre ella los más duros trabajos de la casa, obligándola a fregar el piso y la escalera, a hacer las camas y limpiar las sartenes, y mientras sus hermanas tenían habitaciones alfombradas y con espejos donde podían mirarse de pies a cabeza, la pobre-cita había de dormir en la guardilla, sobre un duro jergón, con sólo una silla y sin espejo alguno.

La niña sufría en silencio, sin osar quejarse a su padre, que estaba completamente dominado por su segunda mujer. Cuando había acabado el trabajo de cada día, iba a sentarse a un rincón del hogar, sobre la ceniza, por lo que las dos hermanas la apodaron "Cenicienta". Pero Cenicienta, vestida de harapos era más hermosa que ellas vestidas de princesas.

Sucedió que el hijo del Rey anunció una serie de bailes a los que fueron invitadas las personas más distinguidas de la ciudad, y entre otras las dos hermanas mayores. Tan contentas como orgullosas, se pasaban todo el día discutiendo cómo irían vestidas, y esto era fuente de molestias para Cenicienta, que había de estar todo el día aplanchando la ropa y las cintas, sin lograr que sus hermanas se mostrasen satisfechas por mucho que hiciera. No hablaban más que de vestidos.

— Yo — decía la mayor — me pondré el vestido de terciopelo con puntillas inglesas.

— Pues yo — añadía la menor — no llevaré más que las sayas de seda que uso cada

día, pero me pondré encima una falda de flores y mí diadema de brillantes que lucirá más que todo lo tuyo.

Esto disgustó a la hermana mayor y originó una discusión tan acalorada, que por fin llamaron a Cenicienta, cuyo buen gusto reconocían, para que decidiese entre las dos.

La humilde joven las aconsejó lo mejor que pudo y se les ofreció generosamente para vestirlas y, especialmente para peinarlas, en cuyo arte era tan diestra que ninguna peinadora de oficio podía competir con ella. Llegó la tan esperada noche y la pobrecita puso a prueba toda su habilidad para ataviar a las dos hermanas, y mientras peinaba a la mayor, le dijo ésta con malicia:

—¿No te gustaría ir al baile, Cenicienta?

—¡Ah, señora! la obligaban a decirles señora, ¡cómo os burláis de mí! ¡No tengo la suerte de poder darme ese gusto!

Cualquiera otra joven, después de esto, las hubiera peinado al revés, pero Cenicienta era tan buena chica, que se esforzó en dejarlas como unas reinas.

Las hermanas no habían comido en dos días, y habían roto muchos cordones apretándose el corsé para estar esbeltas; pero aquella noche rompieron otra docena de cordones y perdieron la cabeza de tanto dar vuelta para completar su atavío. Y cuando llegó la hora. Cenicienta las acompañó al coche y, tan pronto éste hubo desaparecido, se volvió a la cocina y sentándose junto al fuego, empezó a llorar.

Inmediatamente, su madrina, que era hada, apareció a su lado.

—¿Por qué lloras, hija mía? —Porque me gustaría... me gustaría... Los sollozos le rompían el habla. —Te gustaría ir al baile, ¿verdad? Cenicienta movió la cabeza en signo afirmativo.

—Si eres buena chica, podrás ir. Anda corriendo al huerto y tráeme la calabaza más grande que encuentres.

Cenicienta no comprendía que tenía que ver aquello con el baile, pero, obediente como siempre, cumplió con diligencia el encargo. Su madrina cogió la calabaza y después de quitarle las pepitas, la golpeó con su báculo y la calabaza se convirtió en una carroza guarnecida de oro y forrada de satén de color de rosa.

—Ahora ve a buscarme la ratonera de la despensa, querida.

Cenicienta fue a buscarla y vio que habían caído seis hermosas ratas. El hada abrió la trampa y a medida que iban saliendo las ratas, las tocaba, y se transformaban en hermosos caballos blancos.

—¿Pero de qué voy a hacerte un cochero. Cenicienta?

Cenicienta le dijo que había visto un enorme ratón negro en la ratonera grande, que le podría servir a falta de otra cosa mejor.

—Tienes razón. Ve a buscarlo.

El hada lo convirtió en un respetable cochero, con las patillas más largas que puedan imaginarse. Luego cogió seis lagartijas del calabazar y las transformó en seis lacayos de magnífica librea, que al momento se subieron a la zaga del coche, como si en toda su vida no hubieran hecho más que de lacayos.

—Ahora, Cenicienta, ya puedes ir al baile.

—¿Con este vestido? — dijo la Cenicienta, lamentando no llevar más que unas faldas andrajosas.

Su madrina se echó a reír y la tocó también con su báculo, convirtiendo al momento sus harapos en prendas de riquísima estofa recamadas de plata y oro y resplandecientes de las más fina pedrería, trocando sus alpargatas por donde asomaban los dedos de los pies, en finísimas medias de seda y en los más hermosos zapatos de cristal que se hayan visto en el mundo.

—Ahora ya puedes ir, Cenicienta; pero ten presente que si te estás un momento más después de medianoche, tu carroza se convertirá en una calabaza; tu cochero, en un ratón; tus caballos en ratas; tus lacayos, en lagartijas, y tú misma serás la andrajosa cenicienta que eras hace poco.

Cenicienta prometió hacer como se le ordenaba, sin temor alguno. Estaba radiante de alegría.

Llegó al palacio, y el hijo del Rey a quien alguien, probablemente el hada, había dicho que llegaba una princesa no invitada y a quien nadie conocía, estaba esperando en la puerta para recibirla. Le dio la mano y la condujo con la más fina cortesía entre sus invitados, que le abrían paso, murmurando entre sí:

—¡Oh! ¡Qué hermosa! A cualquiera le hubiera trastornado el seso todo aquello, pero Cenicienta que estaba acostumbrada a los desprecios, se lo tomó como un sueño color de rosa.

Su triunfo fue completo, y hasta el Rey padre dijo a la Reina que, desde que ella era joven, no había visto persona más encantadora. Todas las damas de la corte la contemplaban embelesadas, examinando su vestido con el firme propósito de encargarse de otro igual al día siguiente. El mismo hijo del Rey la sacó a bailar, y lo hizo

ella tan graciosamente, que la admiración del príncipe iba en aumento; tanto, que cuando se sirvió la cena, que afortunadamente fue muy temprano, la admiración le hizo perder el apetito. Cenicienta vio a sus hermanas, fue a sentarse a su lado y les prodigó toda clase de cumplidos, que viniendo como creían de una extranjera tan deliciosa y tan magníficamente vestida, las llenaron de gozo.

Mientras hablaba con ellas, oyó que daban las doce menos cuarto y haciendo una gentil reverencia a la familia real, salió acompañada galantemente por el hijo del Rey hasta la carroza y llegó sin contratiempo a las puertas de su casa. Allí encontró a su madrina que le sonreía aprobando su conducta, y a quien pidió permiso para ir al baile a la noche siguiente, pues había sido invitada por la misma Reina.

Aun hablaban cuando sus hermanas llamaron a la puerta y la madrina desapareció dejando a su ahijada en un rincón del hogar, frotándose los ojos como si acabaran de despertarla de un profundo sueño.

—¡Ah!—exclamó la hermana mayor para darle envidia.— ¡Qué baile tan delicioso! ¡Y ha venido una princesa tan bella como no puedes figurarte, que se ha mostrado con nosotras amabilísima!

—¿De veras?—dijo la Cenicienta con indiferencia.—¿No sabes quién era?

—Nadie la conoce, aunque todo el mundo se arrancaría los ojos por saberlo, y especialmente el hijo del Rey.

—¡Me gustaría verla!—exclamó la Cenicienta. Y volviéndose a la mayor le dijo:

—Señorita Juana, ¿no podrías llevarme mañana, dejándome el vestido amarillo que os ponéis los domingos?

-¡Cómo! ¿Dejar a una cenicienta mi vestido amarillo? ¡No soy tan tonta como eso!

Cenicienta no se quejó, porque sí le hubiese dejado su hermana el vestido que le pedía, se hubiera visto en un compromiso.

Por fin llegó la noche del siguiente día y las dos señoritas fueron al baile luciendo diferentes atavíos. Cenicienta, más hermosa y mejor vestida que la primera noche, no tardó en seguir las.

No te olvides de las doce—le encargó su madrina al despedirla en la puerta, y Cenicienta creía que le sería imposible olvidar aquella condición.

El hijo del Rey se mostró más atento con ella, y en las delicias de una amorosa conversación se pasa el tiempo sin que uno se dé cuenta, y mientras estaban en un balcón del jardín a donde llegaba la luz de la luna a través de una bóveda de naranjos

en flor, Cenicienta oyó la primera campanada de las doce. Se levantó de un salto y huyó con la ligereza de un ciervo asustado.

El príncipe la siguió, muy sorprendido, pero no pudo alcanzarla. La verdad es que había perdido de vista a su adorada princesa y sólo pudo ver que atravesaba corriendo las puertas del palacio una pobre mendiga en quien nunca se habría fijado.

Cenicienta llegó a casa sin aliento, fatigada, vestida de harapos y tiritando de frío, jín carroza y sin lacayos. Lo único que quedaba de su reciente magnificencia era uno de los zapatitos. pues el otro se le había caído al huir.

Cuando las dos hermanas volvieron, no acababan de hablar de la extraña aventura de la princesa que se presentó en el baile más hermosa que nunca, encantando a cuantas la miraban, y que cuando dieron las doce se levantó y echó a correr por los salones, abandonando un zapatito de cristal en la huida.

El hijo del Rey se había mostrado inconsolable hasta que encontró el zapatito de cristal, que recogió y se guardó en el bolsillo, sacándolo después con mucha frecuencia para contemplarlo como sólo puede hacerlo un enamorado, y observando durante toda la noche tal conducta, que toda la corte y la familia real comprendieron que estaba locamente perdido por la dueña del zapatito de cristal.

La Cenicienta escuchaba en silencio, con la cara vuelta al fuego y muy encarnada; pero pensaron las otras que esto se debía al reflejo de las llamas y, como no solían fijarse en ella, les pasó inadvertida la emoción que sus palabras le causaban. Por otra parte, al día siguiente se entregó Cenicienta a sus habituales ocupaciones, como si nada hubiera pasado.

Pero pocos días después, toda la ciudad se quedó sorprendida a la vista de un heraldo que, al son de trompetas y con un zapa-tito de cristal que levantaba en la mano, recorría todas las calles pregonando, de parte del Rey la orden de que todas las mujeres del reino se probasen aquel zapato, porque el príncipe quería casarse con aquélla a cuyo pie mejor se ajustase y a quien perteneciese el par de zapatos. Princesas, duquesas, condesas o simples damas se lo probaron; pero como era un zapato mágico, a ningún pie se ajustaba, y además, nadie podía presentar el otro, que estaba bien guardado en el bolsillo de la falda de lana de Cenicienta.

Por fin. llegó el heraldo a casa de las dos hermanas, y aunque bien sabían ellas que no eran la hermosa princesa, se esforzaron en hacer entrar el pie; pero en vano.

—¡Dejadme probar a mí!—dijo la Cenicienta desde un rincón de la cocina.

—¿Tú? ¡Qué pretensiones!—gritaron las otras lanzando estrepitosas carcajadas de burla. Pero la Cenicienta se limitaba a sonreír alargando la mano.

Sus hermanas no podían oponerse, pues la orden disponía que probasen todas las doncellas, hasta agotar todos los recursos, porque el príncipe languidecía de amor, y sus padres temían que, aun siendo príncipe, se dejase morir por una hermosa doncella a quien no se conocía.

El heraldo, pues, hizo sentar a Cenicienta sobre un taburete de la cocina, y él mismo le puso el zapato en su lindo pie. Entonces sacó ella de su bolsillo el otro zapato y después de calzárselo, se levantó. Y un toque del báculo de su madrina bastó para que sus andrajos se trocasen en el vestido más precioso que ojos humanos habían visto. Ya no era la despreciada cenicienta de antes, sino la hermosa dama de quien el hijo del Rey estaba enamorado.

Sus hermanas la reconocieron al momento como la princesa del baile, y llenas de admiración, no exentas de temor, se postraron a sus pies y le pidieron perdón por todo lo que le habían hecho sufrir. Ella misma las levantó para abrazarlas y decirles que las perdonaba de todo corazón, mientras le prometiesen quererla siempre. Luego, acompañada por el heraldo, se dirigió al palacio del Rey y delante de toda la familia real contó lo que le había sucedido. No les sorprendió mucho la historia, pues todos creían en las hadas y deseaban tener una por madrina.

En cuanto al Príncipe, la encontró más hermosa y amable que nunca, e insistió en casarse con ella inmediatamente. La Cenicienta nunca más volvió a casa de su padre, pero mandó a buscar a sus dos hermanas para que viviesen en palacio y las casó poco después con ricos caballeros de la corte.